



La Escalera
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...

FRIEDRICH
TORBERG

Friedrich Torberg

MÍA ES LA VENGANZA

Traducción de Lidia Álvarez Grifoll



MÍA ES LA VENGANZA

Aquel día brumoso de noviembre del año 1940 era la cuarta vez que esperaba la llegada de amigos de Europa en el muelle de Nueva Jersey. Y por cuarta vez me fijé en la figura magra y encorvada de un hombre de unos cuarenta años que vagaba inquieto por el vestíbulo de recepción, arriba y abajo sin descanso, aunque caminar no debía de resultarle fácil: arrastraba claramente la pierna izquierda. Iba con la cabeza descubierta, vestía un viejo raglán de inconfundible corte europeo y el hecho de que llevara la precaria vestimenta tan pulcra y limpia, y el rostro enflaquecido, afeitado con tanto esmero, remarcaba aún más la pobreza de su aspecto. Sin embargo, no me habría atrevido a ofrecerle dinero o ayuda, ni siquiera compasión. Por sencillo que fuera —siempre que yo entraba en el vestíbulo, él ya estaba allí y después continuaba junto al desembarcadero aunque hiciera rato que ya no llegaban pasajeros—, todavía no me había atrevido nunca a entablar conversación con él.

En esa ocasión, surgió una oportunidad casi ineludible; los amigos que acababan de llegar tenían que arreglar una serie de formalidades cuya tramitación duraría horas y, justo cuando me disponía a irme, pasó lentamente por mi lado viniendo del embarcadero.

—Disculpe —dije—. Lo veo a menudo por aquí, en el muelle. ¿Espera a alguien en concreto?

Dio un paso más y arrastró la pierna derecha antes de detenerse y volverse fatigosamente hacia mí.

—¿A alguien en concreto?, —preguntó pensativo, y bajó la cabeza; incluso me pareció que cerraba los ojos, pero luego me di cuenta de que el párpado del ojo derecho le colgaba más que el del izquierdo—. A alguien en concreto —murmuró otra vez—. No. ¿Por qué?

—Pensaba... Como siempre se marcha solo...

—Sí —asintió—. Siempre. —Y el amago de una sonrisa se perfiló con esfuerzo y dolor en su semblante demacrado al añadir—: Y eso que sería *tan* fácil.

Entonces se dispuso a irse renqueando.

—¿Puedo preguntarle qué quería decir? —Me había acercado a él y caminaba lentamente a su lado.

—Tan fácil —repitió para sus adentros, como si no hubiera oído mi pregunta—. Hay donde elegir... Quiero decir que... ¿Por qué me ha preguntado si esperaba a alguien en concreto? ¿O sea a *una* persona, o a dos, o a tres?

Me miró de soslayo, como para asegurarse de que ese era el sentido de mi pregunta. Yo asentí.

—Pero yo espero a setenta y cinco —prosiguió—. Setenta y cinco. Y ninguno viene. Y siempre tengo que marcharme solo.

Lo que dijo no sonó en absoluto increíble o extraño. Sonó terriblemente obvio.

—¿Puedo ayudarle de alguna manera?, —pregunté (entonces, sí).

—¿Ayudarme? —Hundió la cabeza entre los hombros y respiró hondo—. ¿Estuvo en el campo de concentración de Heidenburg?

—No —contesté.

—¿Conoce a alguien que haya estado en el campo de concentración de Heidenburg?

—No, que yo sepa.

—Entonces, no puede ayudarme. —Y meneó la cabeza de un modo tan concluyente que me detuve involuntariamente. Él no se dio cuenta, siguió caminando hacia la salida, ahora un poco más deprisa.

Lo alcancé con un par de zancadas.

—Tengo que volver dentro de dos horas. ¿Le molestaría hacerme compañía hasta entonces?

Levantó la vista y su semblante volvió a esforzarse por perfilar aquella sonrisa pálida.

—¿Molestarme? No —dijo—. Oh, no. En absoluto. Por favor.

Cruzamos la calle y me detuve delante de una de las pequeñas cantinas que se alineaban detrás del muelle.

—A usted también le gustaría saberlo, ¿verdad? —Su mirada y su voz se dirigían al vacío.

—¿Saber qué?, —pregunté.

—Por qué espero en vano, ¿no es cierto? —Y de repente se paró, agachó la cabeza y su voz murmuró—: Pero ni yo mismo lo sé. Y quiero saberlo. Quiero saberlo de una vez.

Lo cogí con delicadeza del brazo y le hice cruzar la puerta del pequeño bar delante del que nos habíamos parado.

—Si le causa molestias o le resulta desagradable, no tiene por qué contarme nada. Tomaremos algo y nos iremos.

—Molestias —murmuró—. Desagradable. Qué expresiones tan irrisorias... No, no me molesta. Incluso conviene que de vez en cuando lo rememore todo en voz alta. Todo.

Me había sentado frente a él y había pedido las bebidas.

—¡Pero se lo advierto!, —dijo de pronto—. No es una historia que se explica para pasar el rato y se escucha para pasar el rato.

—Tampoco lo esperaba.

Mi respuesta pareció satisfacerle. Asintió.

—No obstante, intentaré contarle mi historia con mucho cuidado. Y tal vez no *mi* historia, eso sería demasiado. Le contaré la historia del campo de concentración de Heidenburg y, de mi historia, solo lo imprescindible. Lo justo para que no me tome por loco. Lo justo.

Reproduzco su narración tan fielmente como puedo y tan ininterrumpidamente como lo dejé hablar. Tampoco lo interrumpí cuando hacía pausas y callaba ni cuando su mirada se perdía en la neblina crepuscular de la pequeña cantina y en la tarde nublada, en la que los camiones retumbaban por la calle y a lo lejos, en el gran océano gris, aullaban mortecinas las bocinas de niebla y las sirenas de los barcos.

El campo de concentración de Heidenburg estaba cerca de la frontera holandesa, en uno de esos lugares desiertos y retirados donde los parajes

pantanosos y boscosos se van entrelazando y luego se vuelven pedregosos. Era un campo pequeño y poco conocido, cuyos internos —quinientos a lo sumo— trabajaban en los pantanos y en la cantera, y del que, por lo demás, solo se sabía que no era «tan malo». Tal vez le suene grotesco: un campo de concentración que no es «tan malo». Bueno, incluso en el infierno, cuando uno está dentro, hay categorías. Y en la época en que me arrestaron a mí se daba por seguro que, por ejemplo, «uno de Dachau» era alguien favorecido por el destino frente a «uno de Buchenwald»... Y si a uno lo enviaban a Heidenburg, podía considerarse dichoso. Así de extrañas son las formas que puede adoptar la dicha.

Quizás fue precisamente esa fama improcedente, incluso vergonzosa para un campo de concentración, lo que provocó que enviaran al jefe de grupo de la SS Hermann Wagenseil a Heidenburg como nuevo comandante del campo. Quizás, también, su traslado a aquel puesto apartado fue una especie de castigo. No lo sé y da lo mismo. En cualquier caso, las condiciones en el campo cambiaron de manera inmediata y radical con su llegada.

Fue el propio Wagenseil quien nos leyó la orden del día que anunciaba el nuevo reglamento del campo. La jornada de trabajo se alargaría, los descansos para las comidas y las horas de dormir se acortarían, las ya escasas libertades se limitaban aún más, las concesiones, ya difícilmente alcanzables, se hacían aún más inaccesibles... Y llegaba al extremo de que hasta la privación total podía estar prevista como castigo. Había castigos por todo, por lo más mínimo, por cosas que hasta entonces ni siquiera habíamos considerado. Wagenseil las consideró. Había elaborado una lista de posibles infracciones junto con el castigo correspondiente, y nos leyó esa lista muy atentamente, ladeando ligeramente la cabeza como si mientras la leía todavía pensara si no se había olvidado de nada. Al parecer, no se había olvidado de nada y quedó satisfecho.

Si hubiéramos prestado más atención, nos habríamos dado cuenta de que aquel ingenioso y refinado sistema de sanciones no preveía ni un solo castigo colectivo. En todos los campos de concentración, y hasta entonces también en Heidenburg, era algo muy habitual que por la infracción de una sola persona tuviera que pagar todo el grupo al que pertenecía, o todo el

campo por la infracción de un grupo. Wagenseil renunció a ese tipo de castigo. Porque compartir el sufrimiento es tan bueno como compartir cualquier cosa, fortalece y consuela... Y Wagenseil quería privarnos incluso del más débil de los fortalecimientos, incluso del más desconsolador de los consuelos. Desmoralizaba nuestro sufrimiento. Aislaba. Dividía. Era un *gourmet* y no un glotón. Pronto lo notaríamos con mucha más exactitud. Pero, de hecho, ya podríamos haberlo notado en ese primer orden del día y en esa lista de castigos.

Cuando digo «nosotros», me refiero aún a todos los prisioneros, que aquel primer día del régimen de Wagenseil todavía eran un conjunto. Al día siguiente ya no lo eran: una nueva orden de Wagenseil había separado a los internos judíos y les había adjudicado un «barracón de los judíos» propio. También eso entrañaba una malicia especial, un manjar lobuno: eso, que no decretara esa disposición hasta el segundo día, como si se le hubiera ocurrido posteriormente y como un mero apéndice. Pero no era una continuación, sino un inicio. Y no era un apéndice, sino el texto principal. A veces, incluso creo que solo había ido a Heidenburg por eso. Sí... apuesto a que ocurrió así; que todo lo que nos hizo aquel demonio no era más que el cumplimiento de una resolución previa de la que, de todos modos, nosotros no habríamos podido cambiar nada. Nosotros: a partir de ahora, con eso me refiero únicamente a los prisioneros judíos.

En esa época éramos exactamente ochenta de un total de algo más de cuatrocientos. El barracón que Wagenseil nos había asignado era el peor del campo, un tinglado de madera estrecho, oscuro y con corrientes de aire, donde nunca se habían alojado más de cuarenta personas. Que de repente tuviera que albergar al doble, nos pareció una tarea imposible. Pasamos horas probando así y asá, cada vez más desesperados porque se acercaba la hora de la llamada para el recuento de la tarde y tendríamos que notificar que el traslado se había completado. Por fin, aprovechando cualquier rincón, habíamos encastrado exactamente sesenta plazas para dormir entre el tejado de madera a dos aguas y el suelo de tierra apisonada, hombre junto a hombre; incluso se aprovechó la estatura de algunos, de manera que cuatro hombres menudos se colocaran uno junto a otro y un quinto se estirara a sus pies; pero no sirvió de nada. Continuaban siendo solo sesenta

los que podían incluirse en el parte de *Todo en orden* a la hora de inspección prevista.

Decidimos mandar una delegación a la comandancia. Nadie pensó que el parte de *Todo en orden*, que era habitual con el anterior comandante del campo, tal vez podía resultarle indiferente al actual o incluso no lo quería. Nadie pensó que el nuevo comandante quizás era de índole muy distinta a la de su predecesor. Nuestros tres delegados se pusieron en camino.

Regresaron al cabo de unos minutos y, a partir de lo que fueron contando y de lo que irían añadiendo en ocasiones posteriores, puedo reconstruirle una imagen bastante precisa de la entrevista.

Empezó no sin esperanzas: la delegación fue recibida de inmediato y Wagenseil les preguntó sin rodeos qué deseaban.

Como jefe y portavoz de la delegación actuaba el viejo profesor Rosenthal, un venerable señor de cabellos blancos y, antaño, uno de los cirujanos más conocidos de Colonia. Estaba bien considerado entre los anteriores administradores del campo y, con el tiempo, ya había intervenido con éxito en algunas causas menores en favor de los prisioneros. A la pregunta de Wagenseil sobre qué «deseaba» la delegación, se adelantó, inclinó primero la cabeza, luego se irguió tanto como pudo y, con su voz tranquila, humilde, nunca belicosa, explicó que, por supuesto, los internos judíos no «deseaban» nada, sino que iban a formular una petición.

—¿Cuál?, —preguntó Wagenseil ladeando ligeramente la cabeza.

Le pedían al señor comandante del campo que se convenciera de que en el barracón que les había sido asignado era imposible alojar a ochenta hombres y le pedían que a los veinte sobrantes les dieran sitio en otro barracón.

Que si aquello era todo, preguntó Wagenseil.

Sí, todo.

Acto seguido, Wagenseil se levantó, salió lentamente de detrás de su escritorio y se plantó delante de los tres, siempre con la cabeza ligeramente ladeada. Luego, sin decir palabra, se sacó la pesada fusta de cuero del cinto y golpeó dos veces a los tres en la cara, un azote en cada mejilla, sin prisas, sin excitarse, casi ensimismado. Y casi ensimismada sonó también su pregunta:

—¿Siguen pensando que el barracón es demasiado pequeño?

Nadie contestó.

—Respuesta —dijo Wagenseil quedamente.

—Sí —dijo el viejo profesor Rosenthal. Tenía el rostro enrojecido, tan enrojecido que apenas se le veían los verdugones de los azotes en las mejillas, y en esa pequeña palabrita, «sí», pudo oírse el temblor de su voz.

Wagenseil, después de un escueto gesto de asombro, volvió a golpearle dos veces en la cara y luego dijo:

—Habrá sitio de sobra en su barracón. Se lo prometo. Retírense.

Ese fue el relato de nuestra delegación. Y, unos días después, el viejo profesor Rosenthal ya no estaba vivo. Se había suicidado.

Le diré que el asunto no acabó con ese único suicidio. También le diré que fueron realmente suicidios y no simples notificaciones oficiales de suicidio. Wagenseil se cuidaba y se ocupaba de que sus víctimas asestaran el último golpe. Y creo saber que detrás de esa funesta actitud puntillosa se escondía una convicción, una convicción descabellada y un placer descabellado en comprobar... Pero no quiero anticiparme.

Ya he mencionado que una de las artimañas peculiares de Wagenseil consistía en desalentar todo sentimiento de solidaridad. También lo consiguió con la implantación del barracón de los judíos; en cierto modo, de propina. Antes estábamos repartidos con los demás internos y nos trataban igual que a ellos. Ahora formábamos un grupo especial, ahora nos trataban de otra manera, nos trataban infinitamente peor... Y tendrían que haber sido ángeles, los otros, ángeles y no personas, si no se hubieran alegrado en alguna que otra ocasión de no pertenecer al barracón de los judíos. Y no puedo reprochárselo. Porque yo mismo presencié que Wagenseil provocaba efectos similares también entre nosotros con su técnica de selección. Cuando aparecía por nuestro lugar de trabajo para llevarse a una víctima, cuando nos poníamos firmes al oír la orden enérgica del capataz y, luego, cuando pasaba revista a nuestras filas con la cabeza ligeramente ladeada, y sus ojos azul claro paseaban inexpresivos por los semblantes contraídos, y el silencio era tal que a cada paso que daba se oía la pesada fusta que llevaba colgada del cinto tocar contra la caña de la bota, toc-toc-toc, y luego, de repente, con un ligero movimiento de cabeza o con un escueto

movimiento de mano, señalaba a alguien al que quería llevarse... Entonces también ocurría entre nosotros, en medio de todo el espanto, en medio de todo aquel rechinar de dientes por la impotencia, en medio de toda la compasión desesperada, se escapaba un ligero suspiro porque le había tocado a aquel, y eso significaba: a ningún otro. Eso significaba: tú, no yo.

Al pobre profesor Rosenthal le tocó ser el primero, y al principio no supimos *qué* le había tocado realmente. Empezamos a sospecharlo cuando no volvió al barracón al atardecer y por la noche oímos sus gritos de dolor desde nuestro encierro. Pero seguíamos sin saberlo. Luego, cuando al día siguiente continuó desaparecido y volvimos a oírlo gritar de noche, y cuando, el tercer día, se comunicó su suicidio, entonces... lo supimos todo.

No, no es verdad. Entonces tampoco lo supimos «todo». Aún nos resistíamos. No queríamos saber nada más aparte de que el viejo profesor Rosenthal estaba muerto.

Me acuerdo perfectamente de aquel atardecer, el primer atardecer después de la primera muerte. Mis recuerdos más amargos de Heidenburg están siempre asociados a noches y atardeceres. Aquel atardecer es uno de ellos. El barracón parecía más estrecho que nunca, peor ventilado y, aun así, con corriente de aire. Y todo lo que se habló... fue extraño: he dicho que me acuerdo «perfectamente» y no sé de qué se habló exactamente ni quién lo dijo. Probablemente fueron los mismos de siempre los que tomaron la palabra. Entre nosotros había optimistas y había alarmistas, había miedosos y prudentes, había fantasiosos del horror y fantasiosos de la esperanza... Y a veces se expresaban de manera tan opuesta que cabía dudar de que unos y otros se encontraran realmente en la misma situación. Pero aquel atardecer se borraron todas las diferencias, se difuminaron en el crepúsculo y desaparecieron completamente cuando se apagaron las luces —por cierto, en nuestro caso una hora antes que en los demás barracones; a las ocho venía el centinela: «Barracón de los judíos, ¡apaguen la luz!»—, cuando se hizo oscuro... Sí, esa oscuridad es lo que recuerdo perfectamente. Era una oscuridad trémula, permeable... como si se hubiera espantado con nuestro sufrimiento y nuestros miedos... Se percibían temblores y murmuraciones aquí y allá... Intente imaginarse el aspecto de nuestro barracón: solo había literas para cincuenta hombres, que se iban turnando, y los demás se

acurrucaban y se sentaban con las rodillas recogidas apoyando la espalda unos contra otros... Y así estábamos, acurrucados, sentados o tumbados en la oscuridad, tan apretujados que apenas podíamos movernos... Pero, aun así, teníamos la sensación de estar en continuo movimiento... Era irreal y fantasmagórico... aquel fluir entremezclándose de pena y miseria y miedo... aquellas lágrimas impotentes e insostenibles por el anciano muerto... aquel interpretar y conjurar, y siempre el miedo, un gran miedo... y aquella miserable búsqueda convulsiva de algo que pareciera un punto luminoso... ¡Y qué no parecería una luz en esa oscuridad!

Y entonces llegó, vagando como un fantasma extraviado, un fuego fatuo, no sé de dónde ni de quién. Solo sé que todos lo vieron, todos al mismo tiempo y nadie se atrevió a agarrarlo... porque a lo mejor se desvanecía... o tal vez porque era demasiado lastimoso y porque nos avergonzábamos de él, de ese espectro de esperanza, del consuelo de profanar un cadáver... Pero alguien lo había pronunciado ya, y otro y aún un tercero: Que quizás solo iba con él, con el profesor, porque dirigía la delegación y porque había hablado y contestado... contestado cuando debería haber callado... Aquel «sí»... Con eso era con lo que había provocado y desafiado al lobo... Sin aquel «sí», tal vez seguiría con vida, el pobre, el querido, el viejo muerto... Ha muerto por todos nosotros, nosotros lo hemos lanzado a la muerte, sabe Dios a qué muerte dolorosa... No deberíamos haberlo enviado, no deberíamos haber enviado esa delegación...

No deberíamos haber enviado esa delegación: sí, eso dijo uno, y algunos lo reprimieron antes de interiorizar *lo que* decían. Porque los dos que habían acompañado al viejo estaban con nosotros y oyeron cómo nos poníamos de acuerdo no solo sobre el muerto, también sobre ellos, los vivos, habíamos hecho nuestras cuentas a *su* costa, sí, señor, estábamos dispuestos a contar con su muerte, sí, señor, los habíamos condenado a muerte, y ellos estaban con nosotros y lo oyeron. Wagenseil podía estar contento. La que había armado ya no tenía vuelta atrás, nunca más.

Ni siquiera porque la siguiente vez no les tocó a ninguno de esos dos. Pocos días después, le tocó a otro, a un hombrecillo inofensivo de Westfalia que antes trabajaba en una destilería, Simón, a él le tocó, y nadie supo por

qué precisamente a él. Nadie sabía qué sistema seguía Wagenseil en la elección; a no ser que se hubiera equivocado y hubiera confundido a Simón con un miembro de la delegación.

Después de la muerte de Simón, cuando le tocó al tercero y volvía a ser otro distinto de aquellos dos, entonces nos dimos cuenta de que el sistema de Wagenseil se basaba en la arbitrariedad y el absurdo, en que podía tocarle a cualquiera. No hacía falta haber formado parte de una delegación. No hacía falta haber infringido el reglamento. No hacía falta ser culpable de nada. Bastaba con pertenecer al barracón de los judíos.

Entretanto, también nos habíamos formado una idea aproximada del procedimiento que Wagenseil aplicaba a sus víctimas. Unos cuantos efectivos del campo, miembros de la SA, se lo habían contado a los otros prisioneros y, luego, ellos nos lo explicaron a nosotros. Es posible que en esa transmisión rápida y peligrosa se entendieran mal algunas cosas y se tergiversaran otras. Pero ¿vendría de los «detalles»? En cualquier caso, nos enteramos como mucho de la mitad, es decir, de lo que los ayudantes de Wagenseil divulgaron. De lo que ocurría cuando Wagenseil se ocupaba a solas de la víctima no nos enteramos. Pero creo, no, *lo sé*; eso era lo decisivo. Eso era lo que los llevaba a considerar el suicidio como salvación y clemencia. Eso era por lo que se había colgado Simón. Y eso era por lo que también Vogel, el tercero, había seguido sus pasos, de un tiro en la sien, como supimos más tarde, de un tiro de revólver, y fue del revólver del propio Wagenseil, quien se lo había dejado en la celda después de un «interrogatorio individual»: Gruber, el oficial adjunto, lo explicó poco después en la cantina, cuando volvía a estar borracho otra vez; entonces, el borracho se lo explicó a los borrachos: que el «jefe» salió de la celda y se detuvo, con la cabeza ligeramente ladeada... Gruber lo vio de lejos y también vio que no llevaba el revólver en el cinto... Y al cabo de un minuto, sin que la detonación lo hubiera sobresaltado siquiera, lo vio entrar de nuevo en la celda y volver a salir con el revólver... Sí, de eso nos enteramos después. Aquel día solo nos enteramos de que Vogel, el tercero, también se había suicidado.

La tarde posterior a ese tercer suicidio es una de las que han quedado grabadas en mi memoria como si fueran ayer, siempre ayer. Aquella tarde

se disiparon nuestras últimas dudas deshilvanadas y supimos qué nos esperaba. Supimos qué significaba la promesa a nuestra delegación de que habría «sitio de sobra» en el barracón. Supimos que Wagenseil se proponía conseguir el sitio prometido.

Lo supimos, pero no lo comprendimos. No comprendimos que un destino que debería habernos atrapado hacía años —y entonces los años únicamente lo habían velado—, que ese destino se nos presentaba ahora súbitamente, abiertamente, con una desnudez brutal. Supimos qué se proponía Wagenseil, lo supimos de un modo irrevocable e irremediable. Pero no podíamos comprender que realmente se propusiera hacerlo con *nosotros*, con los que vivíamos allí; al fin y al cabo, aún vivíamos y estábamos allí sentados, acurrucados, tumbados, apretados y apretujados, y no marcaba ninguna diferencia que ya no sobráramos veinte, sino solo diecisiete, con ese día, solo diecisiete.

Desde que habíamos regresado de la llamada para el recuento, nadie había pronunciado palabra en el barracón. Algunos iban arriba y abajo por el reducidísimo espacio libre, la mayoría se sentaron y se quedaron quietos. Nadie pidió que encendieran la luz cuando se hizo de noche. El centinela que asomó la cabeza a las ocho para bramar su «Barracón de los judíos, ¡apaguen la luz!» se sorprendió y cerró de un portazo sin decir nada. Cuando la oscuridad fue total, algunos a los que ese día les tocaba se tumbaron en sus catres, pero enseguida volvieron a levantarse. Y siguió sin decirse una palabra. Solo se oían de vez en cuando respiraciones fatigosas y temblorosas, tal vez un suspiro, o tal vez un llanto.

Luego, me acuerdo perfectamente, desde un rincón se elevó un murmullo monótono que persistió sobre los suspiros y los llantos: alguien rezaba. Se llamaba Joseph Aschkenasy, era el único que conocía las oraciones fúnebres y también había rezado tras el suicidio de Rosenthal y de Simón: entonces, en voz baja y más para sí. Pero, ahora, su voz fue aumentando de volumen hasta que ahogó los llantos y los suspiros, y hasta que los llantos y los suspiros enmudecieron, y algunos incluso entraron murmurando en su oración, rezaban lo que sabían y tan bien como podían, y de aquí y de allá, desde la oscuridad, llegaba un sollozo ahogado, tal vez de

alguien que pensaba en sus muertos, no lo sé, puede ser y tal vez eso lo consolaba. Y luego se hizo el silencio y la oscuridad total.

Y de repente, en medio del silencio y la oscuridad, surgió la pregunta que todos nos hacíamos y que alguien pronunció entonces... No, no la pronunció... La soltó, la jadeó, la gimió: la pregunta irrefutable y que no podía pasar por alto:

—¿Quiere matarnos a todos?

Su sitio estaba cerca del mío; reconocí a Seligmann, uno de los más miedosos, y sus preguntas siempre planteaban el horror más extremo para que lo contradijeran y lo tranquilizaran. En esa ocasión, no lo contradijo nadie. Todo quedó en silencio durante segundos, en un silencio paralizante. Luego, Loeb, que se acurrucaba a su lado, dijo en voz alta y átona:

—Sí.

Y él mismo pareció espantarse de ese «sí»; era un hombre supersticioso, tal vez se le ocurrió pensar que uno antes que él había dictado su sentencia de muerte con un «sí», y rápidamente añadió:

—Sí, a todos. Nos matarán a todos.

De nuevo pasaron unos segundos de silencio antes de que Gurewitsch, el prudente, alzara su voz profunda y parsimoniosa:

—No —dijo—. No a todos. Solo a veinte. Porque nos quejamos de que había veinte de más en el barracón. Veinte.

—¿Veinte? Pss. ¿Por qué veinte? ¿Por qué no quince o cincuenta? ¡Precisamente veinte! Pss.

Eso lo musitaron de un tirón, en el estilo breve y venenoso de quien lo había dicho... Se llamaba Kohn, el «pequeño» Kohn, y en la época anterior a Wagenseil, en los viejos tiempos pasados, se lo consideraba un bromista. Pero el pequeño Kohn ya no era un bromista y, luego, aún sonó malicioso y hostil cuando volvió a hablar entre dientes:

—Pss. Veinte... ¿De dónde ha sacado esa información? *Todos*, ¡ya se lo digo yo! ¡*Todos*!

—Pero a ochenta hombres no puede...

—¿Ochenta?, —lo interrumpió el pequeño Kohn—. ¿Quién habla de ochenta? ¡Todos! ¿No lo comprende? ¡A todos! Este de nuestro campo, este

es solo una pequeña bestia. Solo hace en pequeño lo que la gran bestia hace fuera. Quieren exterminarnos. Exterminarnos.

—Cierto —murmuró Loeb—. Cierto. A lo mejor en los demás campos ocurre lo mismo que aquí. O aún peor. Cierto. A lo mejor... —Enmudeció y meneó la cabeza y guardó silencio, y todos guardaron silencio. No había nada más que decir.

Sin embargo, al cabo de un rato habló otro, era el más joven del barracón, se llamaba Hans Landauer y tendría unos veinticinco años... Uno de esa nueva generación de deportistas y atletas... Y eso era lo que parecía: un muchacho vigoroso de cabellos claros, con un rostro atractivo, duro, y ojos azules bobalicones, y estaba muy orgulloso de haber sido uno de los mejores nadadores de Alemania... Con todo, él también estaba internado allí porque, según explicaba siempre que la conversación iba por esos derroteros, ¡uno de sus rivales lo había denunciado! Pero espera y verás, ya les enseñaría él... Y ese era prácticamente el único motivo por el que se animaba o incluso se enfurecía. De lo contrario, era tranquilo y servicial, y hablaba en contadas ocasiones, y seguro que en aquella también tuvo que pensar larga y concienzudamente antes de decir la suya con un retraso conmovedor:

—Sí, pero entonces tendría que ponernos ahora mismo delante de una ametralladora y eliminarnos. Eso sería mejor.

—Por eso precisamente no lo hace —le contestó mascullando impasible el pequeño Kohn—. ¿Elegir? Nos liquidarán como *él* quiera, ¡no como queramos *nosotros*!

—Por favor, ya basta —murmuró Loeb.

Y otros lo secundaron con que ya bastaba, y una voz temblorosa y desesperanzada dijo:

—Tal vez podríamos dormir.

Nadie podía dormir, pero al cabo de unos minutos reinaba el silencio, un silencio opresivo y amenazador; no me habría sorprendido que de repente hubiera habido un estallido de rabia y gritos por todas partes.

Y luego volvió a ser Seligmann, igual que antes, Seligmann, que siempre planteaba las grandes y aterradoras preguntas para que lo tranquilizaran; y su voz se volcó estridente y llorosa en la oscuridad:

—¿Pero por qué, por qué? ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué nos odian tanto?

Espero que no me malinterprete ahora, pero esa pregunta y ese arrebatado de Seligmann fueron penosos. Y estoy completamente seguro de que no fui el único que lo sintió así. Al menos, en el silencio con que lo acogieron me pareció que había cierta reserva e indignación.

—Esa no es una buena pregunta, Seligmann.

Aquello lo dijo Aschkenasy, aquel Joseph Aschkenasy que ya le he mencionado antes. Sonó a reprimenda indulgente, como si realmente se tratara de plantear «buenas preguntas» para una discusión talmúdica, y aquella pregunta, la de Seligmann, no era una buena pregunta.

Seligmann también pareció notarlo:

—¿Qué quiere decir?, —replicó, inseguro; y prosiguió con más vehemencia—. ¿Acaso *usted* lo sabe? Pues si lo sabe, ¡dígalo! —Y, luego, de nuevo gimiendo—: ¡Quiero saber qué hemos hecho para que nos odien tanto!

—No es una buena pregunta —repitió Aschkenasy con un suave énfasis—. No nos odian por lo que hacemos. Nos odian por lo que somos.

Aquello sonó muy concluyente y, de hecho, esa era la conclusión. Seligmann tragó saliva, pero no dijo nada más. Ni él ni nadie esa noche.

A partir de entonces me arrimé más a Aschkenasy. Ya nos entendíamos bien y, en todo caso, yo era de los pocos que lo tomaba en serio. Y es que a Aschkenasy lo consideraban un personaje raro en el barracón. Y de hecho, lo era. ¿O qué pensaría usted de un hombre de cuarenta años que, cuando le preguntan por su profesión, no sabe más que indicar «aspirante a rabino»? Nunca acabé de averiguar por qué no había conseguido llegar a rabino. Su única explicación era: «Cuando uno es rabino, tampoco deja de ser un simple aspirante. Entonces, ¿para qué?». Y si le señalaban el llamado lado práctico de la vida, si le preguntaban de qué había vivido realmente, él hacía un gesto de enojo con la mano: «Ya estamos. ¡Como si una cosa tuviera algo que ver con la otra!». Y entonces explicaba todas las leyendas posibles de nuestras antiguas enseñanzas y sabiduría, que tampoco se ocupaban de esas cosas y, aun así, eran enseñanzas y sabiduría. Evidentemente, olvidaba que vivíamos en el siglo xx y que no todo valía

como en la época de Hillel^[1]. ¿O sí? Quiero decir: si una cosa vale, ¿vale también la otra? ¿Podemos decir: ya no vale todo, solo esto y aquello? ¿Y quién decide lo que vale y lo que no? O precisamente ese debería ser el sentido y lo que se nos impone: que hay que decidir por uno mismo y hay que tomar decisiones constantemente... Ah, lo estoy atosigando con preguntas de las que todas y cada una son tan importantes que una vida no bastaría para responderlas... Pero no le exijo ninguna respuesta. Solo me he exigido respuestas a mí mismo.

Aquella noche tuve una larga conversación con Aschkenasy, hablamos en voz muy baja para no molestar a los demás. Si era cierto lo que decía — si realmente nos persiguen, a nosotros, los judíos, por lo que somos y no por lo que hacemos—, entonces nuestro destino era inevitable. Entonces no tenía sentido pensar en ello... no tenía sentido hacer nada más que esperar... esperar a que Wagenseil nos arrastra a la muerte a todos, a uno tras otro, a cada uno en su momento, cuando a él le viniera en gana, y en el orden en que le viniera en gana.

¿Puede usted creer que, de la serenidad profunda y creyente con que Aschkenasy formulaba todas esas desesperanzas, surgiera una verdadera placidez? Era la placidez que entraña lo inexorable: un apoyo, un consuelo, una seguridad que yo nunca había sentido hasta entonces.

Y entonces ocurrió algo atroz.

Pocos días después, cuando Wagenseil apareció de nuevo de inspección por nuestro lugar de trabajo en los pantanos y cuando, seguido por dos de sus esbirros, volvió a pasar revista por nuestras filas petrificadas y sus ojos azul claro vagaron inexpresivos por nuestros rostros, entonces sucedió que uno salió de repente de la fila, se adelantó dos pasos y se paró. Era aquel joven conmovedor, aquel Hans Landauer que un par de noches antes se había estrujado la cabeza para llegar a la conclusión de que una ejecución masiva con ametralladora sería mejor que aquello. Probablemente, aquella misma noche había tomado la decisión. Y ahí estaba, erguido dos pasos por delante de nosotros, que apenas nos atrevíamos a levantar la vista ni a respirar.

Uno de los capataces se movió como si fuera a abalanzarse sobre Landauer y a empujarlo para que regresara a la fila.

—Déjelo —dijo Wagenseil. Y, volviéndose hacia Landauer, con un pequeño deje de asombro en la voz—: ¿Qué significa esto?

—Me presento voluntario.

—¿Para qué?

—Para el... el interrogatorio.

—¿Por qué? ¿No tiene la conciencia limpia?

Landauer lo miró de frente, con su rostro luminoso y simplón, y calló.

—Hum —murmuró Wagenseil enarcando las cejas—. Qué interesante. Venga.

Y se fueron. El esbelto y juvenil Landauer entre los dos ayudantes del verdugo, gruesos y toscos, y sus andares y su espalda aún tenían cierta candidez conmovedora, y los vi marchar hasta que las lágrimas me taparon por completo la vista, hasta que tuve que tragar saliva para recuperar la respiración porque se me había hecho un nudo en la garganta... Y al mismo tiempo, y no sirvió y no sirve de nada, al mismo tiempo me enfadé con Landauer, igual que te enfadas con un muchacho bobalición que, incauto y torpe, ha destrozado algo que ha costado mucho levantar.

¿Y acaso no fue exactamente así? ¿Acaso no había destrozado mi seguridad, la seguridad que Aschkenasy me había inculcado tan laboriosamente, la convicción tranquila y tranquilizadora de la inexorabilidad de nuestro destino? Porque también formaba parte de ese destino la arbitrariedad del orden, que acababa de romperse con la irrupción absurda y heroica de Landauer... La arbitrariedad en la que él había intervenido, qué él había cambiado, sí, señor, cambiado, por decisión propia: y, por lo tanto, no todo estaba decidido de un modo tan inevitable como yo creía y casi esperaba.

Al anoecer, cuando hablé con Aschkenasy en el barracón, no le oculté mis pensamientos.

—¿Se refiere a que ha habido un sacrificio inútil?, —preguntó Aschkenasy, y tenía algo de Landauer en la voz.

—También a eso —confirmé, pero enseguida me di cuenta de que Aschkenasy no me entendía. Y así era.

—Ningún sacrificio es inútil —dijo.

Eso me pareció una burda maniobra de distracción, y me dejé llevar y pregunté que a quién ayudaba ese sacrificio.

Aschkenasy me miró con el ceño fruncido.

—¡A lo mejor usted! A lo mejor usted habría sido el siguiente... ¿No lo ha pensado?

—Lo he pensado, y eso no cambia nada. Puesto que estamos todos condenados, no vendrá de quién es el siguiente y quién el próximo. Al menos, esa era mi creencia y mi sostén. Y Landauer me ha arrebatado ese sostén.

Aschkenasy siguió allí sentado, meditando con los ojos apretados.

—¿Se presentaría *usted* voluntario?, —preguntó de repente.

—Si supiera que ayudaría a los demás, sí.

—Buena respuesta. —Meció la cabeza en señal de reconocimiento talmúdico—. A lo mejor Landauer ha pensado que ayudaría a los demás.

—Pero no ha ayudado ni a los demás ni a sí mismo —repliqué—. Ha sido totalmente absurdo.

—Un verdadero sacrificio no se cuestiona el sentido ni la utilidad.

—¡Se contradice usted!, —exclamé, enfadado por su terquedad—. No hace ni un minuto, lo perdonaba precisamente porque él pretendía ser útil con su sacrificio.

—Landauer no necesita mi perdón —dijo Aschkenasy meneando levemente la cabeza—. Más bien nosotros necesitamos el suyo. Porque lo que ha hecho, sea para bien o para mal, lo ha hecho de corazón. Y eso es más de lo que podemos decir de nosotros mismos... en todo lo que hacemos y en lo que no hacemos.

Mientras aún hablaba, noté que las lágrimas me asomaban a los ojos... Veía el rostro luminoso, simplón y juvenil con que Landauer se había entregado a sus verdugos...

—¿Por qué?, —dije—. Por qué lo ha hecho. A lo mejor Wagenseil no quería elegir a nadie esta vez. A lo mejor ya no quiere a nadie más. A lo mejor ya está harto. A lo mejor lo relevan de Heidenburg. O sucede alguna otra cosa y no tiene que morir nadie más.

Aschkenasy me miró largamente, con la sonrisa triste y furtiva a la que solía recurrir cuando se daba cuenta de que los demás meneaban la cabeza

al escucharlo.

—Ya —dijo—. Y mientras uno solo de nosotros base sus esperanzas en ese «a lo mejor», mientras haya uno que crea que pasará «alguna otra cosa» antes de que lo alcance el destino que ya ha alcanzado a otros —y, entonces, Aschkenasy se levantó y alzó la voz y alzó los puños cerrados hacía sus sienes—, mientras alguien aún tenga la esperanza de que les tocará a todos, pero a él no; mientras tanto, nos seguirá tocando a todos.

Se dejó caer lentamente en su rincón y se acurrucó y miró al vacío. Pasó un rato antes de que me atreviera a contestar:

—Pero eso es precisamente en lo que yo creía: que nos tocará a todos. Que es inexorable. Y ahora... —me interrumpí y casi bajé la cabeza ante la mirada de Aschkenasy.

—Miente —dijo quedamente—. Aún tenía esperanzas. Si realmente lo hubiera creído, nada ni nadie podrían ofuscarlo. No, usted no lo creía. Pero Landauer sí lo creía.

Hablaba de Landauer como de un muerto, y cualquiera que esa noche hablara de Landauer, cualquiera que lo llorara o lo admitiera, hacía lo mismo. Y todos decían que era un sacrificio absurdo. Aschkenasy callaba. Solo una vez, cuando uno empezó a reflexionar sobre si el hecho de que Landauer se hubiera presentado voluntario habría calmado al lobo o lo habría impresionado de alguna manera. Aschkenasy se encolerizó y lo llamó sanguijuela. Entonces noté, lo noté en el temblor de su voz, cuánto le afectaba la muerte de Landauer.

Ya he vuelto a decir «la muerte de Landauer», y Landauer aún no estaba muerto. Sí, en aquel momento todavía no era seguro que no volveríamos a verlo. Pero ¿cómo nos habríamos atrevido a considerarlo posible? Ya era el cuarto que caía en las garras de Wagenseil, y nadie salía vivo de esas garras: después de tres suicidios en dos semanas, solo un loco podría haberlo dudado.

Pues bien: Landauer salió, salió vivo, y fue terrible. Fue una acción diabólica como solo podía haber maquinado Wagenseil. Fue mil veces peor que si un par de días después nos hubiéramos enterado de su suicidio, igual que con los anteriores.

Porque, cuando la noche siguiente, poco después de las nueve y de que todas las luces estuvieran ya apagadas, la puerta de nuestro barracón se abrió de golpe y empujaron dentro a alguien que, después de unos pasos tambaleantes, se derrumbó y cayó, resultó que era Landauer y estaba vivo: entonces, al principio, solo pensamos que lo había superado, que había escapado de las garras de Wagenseil, había escapado y había vuelto a la vida. Sí, eso creímos. Y todo el barracón se alborotó. Pero no duró mucho, y el revuelo sin objeto se transformó al instante en un ajetreo sigiloso y tenaz; al cabo de unos minutos, habíamos montado un camastro en un rincón protegido de la corriente de aire, tan mullido y cómodo como pudimos, y habíamos acostado a Landauer con mucho cuidado. Estaba inconsciente y respiraba con débiles estertores que siempre se interrumpían a la mitad, como si entonces tuviera que vencer un doloroso obstáculo. Los dos médicos que había entre nosotros quisieron examinarlo y pidieron luz. Eso acarreaba un castigo severo, lo sabíamos, pero no nos preocupó... Encendieron dos velas haciendo pantalla hacia fuera, y entonces vimos cómo habían maltratado a Landauer. Muchos de nosotros nos enfrentábamos por primera vez a una visión parecida, y muchos se apartaron o se taparon los ojos, y uno se desplomó sin hacer ruido. Yo tampoco había visto nunca nada igual y le pedí a Dios que nunca más volviera a verlo. Tal vez habría sido menos atroz que no hubiera seguido vivo. Pero el hecho de que tuviera aquel aspecto y aún viviera... aún respirara... aún se moviera... Sí, incluso recuperó la conciencia una vez... Piénselo, imagíneselo: aquel cuerpo torturado, destrozado, se incorporó... En aquel rostro desfigurado, desgarrado, se movió una boca y emitió unas palabras... ¿Y sabe qué dijo? Primero asintió con la cabeza y luego dijo:

—Pero ya les enseñaré yo. Que espere y verá. Ya le enseñaré yo.

Y quizás incluso sonrió, esbozó su sonrisa infantil por un futuro perdido, igual que antes, cuando hablaba de su rival traidor al que «ya le enseñaría él». Quizás sonrió. Pero no podía apreciarse en aquella cara.

Uno de los dos médicos —se llamaba Brenner y era amigo de antes de Landauer— le acarició cariñosamente el cabello (no se atrevió a tocarle la cara llena de costras de sangre):

—No tienes que enseñarle nada, Hans —susurró con énfasis—. Ya se lo has enseñado. Ya pasó, todo ha acabado.

Landauer meneó la cabeza a duras penas y sus labios empezaron a moverse otra vez:

—No. No ha acabado. Mañana vendrá a buscarme. Pero ya le enseñaré yo antes.

Las últimas palabras apenas fueron audibles y las pronunció casi desde la inconsciencia en la que volvió a caer. De todos nosotros, que seguimos conscientes, algunos no pudieron contener el llanto por más tiempo, y uno gimió incontroladamente y él mismo se tapó la boca con la mano... Yo quise apartarme y no fui capaz, un sudor frío me corría por la nuca: hasta tal punto era impresionante el horror que provocaba la idea de que vendrían a buscar a Landauer al día siguiente.

Pero no ocurrió así. Una hora después, sin que hubiera vuelto a despertar, Landauer estaba muerto.

La mayoría habían vuelto ya a su sitio, no se movieron y no dijeron nada cuando les llegó la noticia; en el barracón reinaba un silencio sepulcral, y también los cinco o seis que estaban junto a Landauer se quedaron inmóviles y acurrucados en silencio. Aschkenasy murmuró entonces la oración fúnebre y luego volvimos a guardar silencio. No necesitábamos palabras para ponernos de acuerdo en que no daríamos parte hasta la mañana y que queríamos velar al muerto toda la noche.

Fue una noche extraña y angustiosa, más lúgubre que cualquiera de las que recuerdo. Pero lo más lúgubre era la luz que despedían las dos velas. Se estremecía y temblaba con una rara simetría sobre el espacio inamovible, y sabíamos que a derecha y a izquierda estaban los demás, despiertos y viendo su congoja y su desasosiego desdibujarse en sombras fantasmagóricas que se avivaban una y otra vez, pero no se atrevían a penetrar en el círculo de luz trémula. En ese círculo de luz nos acurrucábamos nosotros y teníamos a un muerto en el centro, y nos acurrucábamos y callábamos, y nadie —y hablo por los otros igual que por mí— tenía el valor de rozar el cadáver de Landauer más que con una mirada despavorida que apartaba de inmediato. Nadie tuvo el valor de resistir aquella visión.

Gurewitsch fue el primero en obligarse con gran esfuerzo; apretaba los dientes y cerraba los puños:

—¿Creéis...?, —espetó—. ¿Creéis de verdad que pensaban venir a buscarlo mañana? ¿No es inimaginable?

El doctor Brenner asintió.

—De no ser así, no lo habría dicho.

—Pero a lo mejor deliraba, ¿no?, —preguntó Loeb, que se sentaba al lado de Gurewitsch y le castañeteaban los dientes.

—No —replicó el doctor Brenner—. En esos momentos estaba plenamente consciente. Y por lo que respecta a ese «inimaginable», también puedo imaginar bastante lo ocurrido.

Calló y miró fijamente a la oscuridad a través de los jirones de luz mortecina y trémula.

—Hable —murmuró Loeb—. Hable. Tal vez entonces será más fácil...

La voz de Brenner sonó apagada y su mirada continuó dirigiéndose a la oscuridad.

—Puedo imaginar —dijo— que Hans se ha negado a suicidarse. Era un tipo duro, ¿no?, duro y conmovedor y primitivo, y tenía unas ideas muy simples de la victoria y la derrota. Si se hubiera suicidado cuando Wagenseil creía tenerlo a punto, a él le habría parecido una derrota, y por eso no lo hizo. Creo que estaba firmemente decidido a hacerlo mañana. Y creo que también estaba decidido a algo más.

Brenner se interrumpió, retiró la mirada de la oscuridad y la dejó reposar sobre el rostro pálidamente iluminado del muerto quizás durante un minuto antes de volver a levantarla y mirarnos lentamente, uno a uno.

Yo tenía claro qué significaba la decisión de Landauer. Ya cuando había jadeado entre estertores atormentados aquella amenaza infantil y terca de que «ya le enseñaría él», ya entonces lo había visto claro, con una claridad que embriagaba y hacía llorar. Pero luego, cuando Brenner estaba a punto de expresarlo, de repente tuve miedo de oír la confirmación. Yo estaba allí sentado, inclinado hacia delante y mirándolo fijamente a la cara.

—¿Qué?, —pregunté—. ¿Qué habría hecho?

La mirada de Brenner volvió a dirigirse a la oscuridad:

—Antes habría matado a Wagenseil.

Nadie se movió, nadie habló. Una de las velas se había consumido, se avivó un momento y se apagó. Entonces, la luz y la oscuridad se confundieron más fantasmagóricamente que antes.

—Es una suerte que Landauer esté muerto —dijo Aschkenasy, con una voz pausada y grave que pareció venir de muy lejos aunque estuviera sentado con nosotros.

Brenner se volvió hacia él, lo miró y calló.

—Sí —dijo Gurewitsch—. Es una suerte para él. Es una suerte que su sufrimiento haya acabado.

—No —dijo Aschkenasy—. No es eso. Es una suerte que no lo haya hecho. Es una suerte que su sacrificio haya permanecido puro ante el señor. Mía es la venganza; yo retribuiré, dijo el Señor.

Ocurría muy pocas veces que Aschkenasy se abriera a los demás, que se expusiera tan abiertamente a sus cabeceos de desaprobación o a sus réplicas. En aquella ocasión no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Brenner iba a contestar, pero tampoco dijo nada y participó del silencio general. Era un silencio respetuoso y al mismo tiempo indignado... O quizás lo juzgo demasiado a mi gusto. Porque yo, lo confieso, albergaba una oscura resistencia hacia las palabras de Aschkenasy. Tal vez no porque habían sonado santurronas, que no lo hicieron en absoluto... Simplemente me pareció que no hacían justicia a la monstruosidad que las había motivado. ¿Cómo podían? Allí yacía el cuerpo mutilado de Landauer... y el culpable ya había empujado a otros tres a la muerte... y allí estaba aquel joven inocente y estaba muerto y era el cuarto... y si hubiera sobrevivido hasta el día siguiente y se hubiera llevado a aquel consigo a la muerte, ¿eso habría sido malo y un error?!... ¡¿Y era una suerte que ya no pudiera hacerlo?!.

—No querría ofenderle, Aschkenasy —era Brenner quien hablaba—, pero ¿no cree que a veces sería mejor no confiar en la venganza del Señor? ¿No cree que a veces eso puede ser una debilidad?

—Una debilidad —repitió Aschkenasy, asintiendo con la cabeza—. Tal vez sería una debilidad si uno tuviera elección entre la propia venganza y la venganza del Señor. Pero ¿tenemos esa elección?

—Esta vez, quizás la teníamos —murmuró Gurewitsch—. Él la tenía.

—¿Él? Pero ¿está muerto?, —preguntó Aschkenasy, ciertamente lo preguntó.

—¿Providencia?, —objetó Brenner frunciendo los labios.

Aschkenasy lo miró con tristeza:

—No debería hacerme esas preguntas —dijo—. Yo no sé qué es la providencia. Nadie lo sabe. En eso consiste precisamente: en que nadie la comprende. Y por eso nunca descubriremos si existe o no.

Había acabado hablando con aquella sonrisa melancólica con la que levantaba la delgada pared defensiva contra las burlas incrédulas de los demás. De pronto, desapareció de su rostro y su voz se endureció:

—Pero tenemos otros indicios aparte de la providencia, doctor Brenner. Porque este no es nuestro primer muerto, y los tres anteriores no son nuestros primeros suicidios. Muchos, todos lo sabemos y todos conocemos alguno, muchos se han matado desde que nos fue enviada esta nueva fatalidad. Y nadie, ¿no se han fijado ustedes nunca?, ninguno de los que estaban decididos a morir ejerció antes la venganza. ¿No cree que eso entraña algo más que simple debilidad o cobardía? ¿No cree que para morir voluntariamente se necesita tanta fuerza y tanto valor que ya no es cuestión de fuerza o valor si antes se mata a alguien? Y tampoco es cuestión de oportunidad. Alguien que se entrega voluntariamente a la muerte encuentra todas las oportunidades que quiera. Mi hermano, que se pegó un tiro en la cabeza cuando los de la SA llamaron a su puerta, habría podido disparar antes a algunos de ellos. Un amigo mío que, después de un interrogatorio en el campo de Columbia-Haus, se tiró por la ventana, habría podido llevarse con él a uno de los guardianes. No lo hicieron. Aún más, creo que: nunca se les ocurrió la idea de hacerlo. Si pensaron algo... y si pensaron en la venganza... entonces fue en la venganza del Señor. Porque no tenemos otra. Porque la venganza del Señor es a la vez nuestra venganza.

Su ardiente susurro había cortado el silencio de un modo cada vez más inquietante y había penetrado en la oscuridad, donde algunos se habían enderezado y escuchaban inmóviles; nosotros, los que estábamos bajo la luz cada vez más mortecina también nos quedamos inmóviles, solo Brenner bajó la cabeza al preguntar en voz baja y con una desesperación despojada de toda esperanza:

—¿*Nuestra* venganza? ¿Cuándo *nos* hemos vengado *nosotros*?

—Levante la cabeza —dijo Aschkenasy con una seguridad enorme, y alzó sus manos abiertas como si quisiera ayudarlo—. Es *nuestra* venganza y nos vengamos constantemente: porque existimos y todavía seguimos existiendo. Todavía... Y no clamamos venganza al Señor desde hoy ni desde ayer. ¿Existiríamos todavía si Él no nos hubiera escuchado? ¿Si Él no hubiera escuchado a nuestros reyes y a nuestros profetas? Y ya clamábamos venganza al Señor en los tiempos de los reyes y los profetas, igual que hoy: ¡no seáis pusilánimes para creer que esa es nuestra calamidad y nuestra miseria! ¡Es nuestra victoria! Que el clamor y el salmo sigan saliendo como hace tres mil años, ¡eso es nuestra victoria!

Se había levantado y cerró los puños y los levantó hasta sus sienes, y su voz, que continuó manteniendo baja, tembló embargada por una frenética tensión; allí estaba, junto a la cabecera del muerto, y la luz cetrina de la única vela se estremecía sobre él, igual que las palabras del salmo que parecieron salir estremecidas de su boca:

—¡Dios de las venganzas, Yavé; Dios de las venganzas, muéstrate! Álzate, Juez de la tierra; da a los soberbios su merecido. ¿Hasta cuándo los impíos, ¡oh, Yavé!, hasta cuándo los impíos triunfarán, hablarán proterva y jactanciosamente y discursarán con arrogancia todos los obradores de iniquidad? Aplastan, Yavé, a tu pueblo, oprimen a tu heredad. Asesinan a la viuda y al peregrino, y a los huérfanos dan muerte. Y se dicen: «No ve Yavé, no entiende el Dios de Jacob». Pero, el que hizo el oído, ¿no va a oír?; y el que formó el ojo, ¿no va a ver? Pues no abandona Yavé a su pueblo, no desampara a su heredad. Y bienaventurado el hombre a quien Él educa, al que Él instruye por Su ley, para que esté tranquilo en los días aciagos, en tanto que se cava para el impío la fosa. Y devolverá la justicia al juicio. Conspiran contra el alma del justo y condenan la sangre inocente. Pero Yavé es para mí una ciudadela, y mi Dios es la Roca de mi salvación. Él arrojará sobre ellos su misma perversidad y con su misma malicia los aniquilará; los hará perecer Yavé, nuestro Dios.

No había alzado la voz más allá de un susurro implorante, ni siquiera al final, y al ahogarla temblando en la oscuridad, los puños, que había cerrado convulsivamente, se fueron relajando y cayeron inertes. Agachó la cabeza y,

de pronto, se sobresaltó, como si justo entonces se diera cuenta de que estaba a la cabecera de un cadáver. Luego salió rápidamente del círculo de luz trémula y se hizo a un lado. En ese instante se apagó también la segunda vela y todo quedó completamente a oscuras, y una voz dijo en la oscuridad:

—Amén.

Sí, eso fue todo. No he olvidado nada. A lo mejor no he retenido el salmo al pie de la letra en la memoria, aunque luego lo he leído a menudo... Pero, aparte de eso, no falta nada en mi relato, no, nada. Salvo que fue Aschkenasy quien por la mañana se dirigió a la comandancia para dar parte de la muerte de Landauer. Es posible que lo hiciera con el secreto deseo de que lo retuvieran para interrogarlo y, en cierto modo, continuar el sacrificio de Landauer. Pero probablemente no existe la «continuación» de un sacrificio y lo mandaron de vuelta.

Dos días después, Wagenseil volvió a aparecer «para la inspección» igual que las veces anteriores, con los mismos andares de siempre, con el mismo golpeteo ineludible de la pesada fusta en la caña de la bota, su mirada azul claro se paseó igual de inexpresiva por nuestras filas y también fue igual de indolente y casual el gesto con que me señaló con la mano.

Tal vez lo he aderezado así posteriormente, tal vez ocurrió así de verdad: me adelanté de inmediato sin vacilar, temerario, casi alegre, porque estaba convencido de que, esa vez, la decisión de Wagenseil tenía una explicación muy diferente y que la cosa proseguiría de manera radicalmente distinta. Fue una ocurrencia del todo disparatada, por supuesto, que no tenía más motivo ni más objetivo que ahogar mi miedo, con el que quizás me habría desplomado allí mismo... Pero no me desplomé, sino que me preocupé de seguir los pasos precisos de los hombres de la SA que me flanqueaban a izquierda y derecha. Solo el silencio detrás de mí pareció un poco inquietante, y noté un ligero escalofrío en la espalda. Pero cuando oí las órdenes secas con que apremiaban a los demás a regresar al trabajo, eso también acabó y no noté nada y no pensé nada.

Esa sensación de estar inmerso en una neblina ligera se reforzó cuando me quedé a solas con Wagenseil en su despacho; sí, con las primeras palabras aumentó hasta degenerar en una irrealdad grotesca:

—¿Sabe usted por qué queremos interrogarlo?, —preguntó Wagenseil.

—No —respondí.

Y Wagenseil dijo:

—Por participar en la conspiración judía mundial.

Lo miré con una perplejidad tan descarada que yo mismo me espanté al instante. Pero Wagenseil no se alteró y sus ojos azul claro siguieron mirándome fijamente, como si con su mirada inalterable quisiera aclararme que había notado mi perplejidad y que lo sabía todo.

Y, créame, realmente sabía.

—No piense —prosiguió sin apartar de mí la mirada— que imagino que la conspiración judía mundial es una orden secreta que delibera sobre el destino del mundo en alguna catacumba perdida. No tengo ideas tan infantiles. Además, si eso fuera cierto, haría mucho que habrían acabado con vosotros.

Ladeó un poco la cabeza —me pareció que me observaba inquisitivo— y antes de que yo supiera qué me ocurría, todavía inmerso en aquella neblina irreal, me encontré asintiendo.

—La conspiración judía mundial —prosiguió Wagenseil— no es una asociación secreta, sino que está a la luz. En cierto modo, se camufla con un espíritu abierto. Eso aún no lo saben en todo el mundo. Es un mérito de nuestro Führer haber alertado de ello al mundo y pronto se sabrá en todas partes. En Alemania ya lo sabemos y extraemos las consecuencias. Yo también lo hago dentro de mis posibilidades, desgraciadamente limitadas.

Hablaba con una frialdad y una tranquilidad absolutas, casi de manera impersonal, como si no se percatara de que estaba hablando de sus «posibilidades limitadas» con una víctima. Y, a partir de ahí, la neblina se condensó de nuevo; a partir de ahí, incluso cobró fuerzas mi disparatada ocurrencia de que esta vez Wagenseil se proponía algo diferente y especial.

—Ya nos entendemos —dijo entonces Wagenseil—. La conspiración judía mundial se fundamenta en que hay judíos. Y existirá mientras haya judíos. Y todos los judíos forman parte de ella; simplemente, porque son judíos. Esas son las circunstancias, y nosotros queremos atajarlas de raíz. Espero que ahora entienda por qué queremos interrogarlo.

—Sí —dije, lo entendía perfectamente, y pensé: si digo «no», ordenará que me peguen un tiro; si digo «sí», lo dejará en mis manos... Incluso me

hice una idea concreta de las palabras que utilizaría: que yo ya sabía lo que tenía que hacer.

Pero no sucedió nada de eso. Wagenseil se reclinó en su asiento y me miró, por primera vez, a la cara.

—Bien —dijo—. Así pues, ¿qué sabe usted de la conspiración judía mundial?

—Nada —contesté, levantando con asombro la vista, todavía medio nublada; y aunque la neblina comenzaba a disiparse, no supe si debía tomar por loco a Wagenseil o a mí mismo. Porque, ¿era realmente posible que aquel hombre, cuyo discurso había dado hasta entonces la impresión de ser terriblemente lógico y con sentido, sí, a veces incluso había parecido un negativo diabólico de las palabras de Aschkenasy; era posible que aquel hombre creyera en una conspiración judía mundial como cualquier analfabeto que se tomaba al pie de la letra la propaganda nazi más primitiva? ¿O tal vez, en la ceguera de esas creencias, no había ninguna diferencia entre él y un analfabeto? ¿A quién tenía delante de mí y a qué debía atenerme? Lo miré desconcertado.

—¿Nada? ¿No sabe nada de la conspiración judía mundial?

—¡Pero si no existe!, —dije desesperado, y en aquel mismo instante me embargó, fría e implacablemente, una intuición: que Wagenseil solo repetía la pregunta para iniciar la tortura por mi falta de respuestas.

De nuevo me engañaba. Con una voz que denotaba más indulgencia que impaciencia, Wagenseil dijo:

—Bueno, seguramente eso es lo que tiene que decir. Pero yo pensaba que habíamos acordado que sí existe.

Lo miré, para saber si eso también lo decía en serio, pero no pude leer nada en su semblante impasible.

—Es cierto —tanteé— que todos los judíos están unidos de algún modo. Pero eso no es...

—¡Cómo se atreve!, —bramó súbitamente, y dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó de golpe, y el sofoco le enrojeció la cara y los ojos se le salían de las órbitas—. ¡Cómo tiene la osadía de replicarme! Hay una conspiración y usted mismo lo ha admitido. ¡¿Entendido?!

No pronuncié una sola palabra; el bramido inhumano de aquella voz me dejó sin aliento, y me invadió tal sensación de mareo que tuve que cerrar los ojos.

—¿Entendido?, —oí repetir a la voz de Wagenseil.

Finalmente fui capaz de murmurar un «sí» y volví a abrir los ojos.

Wagenseil había vuelto a sentarse en su silla, el sofoco se borró lentamente de su rostro y su mirada recuperó la impassibilidad de antes.

—¿Y bien?, —preguntó.

Mi cabeza empezó a trabajar febrilmente... Pensé si no debería intentarlo con una defensa razonable... Pensé cómo podría conseguir un aplazamiento... Incluso pensé en inventarme algunas fantasías sobre los estatutos y los objetivos de la conspiración judía mundial... No sé todo lo que pensé en ese lapso de tiempo. Tampoco sé cuánto duró... Tal vez solo fueron minutos, tal vez fueron muchos. Y tal vez Wagenseil hizo entonces la señal que yo no percibí. Yo solo vi el gesto escueto que hizo con la mano... Al instante siguiente, me estaban levantando por la espalda; uno por cada lado, me agarraban los dos hombres de la SA que debían de haber entrado entretanto... Noté los primeros puñetazos y patadas, y los primeros golpes en el codo... Pero cuando me tiraron en la celda de castigo ya estaba inconsciente. O eso supuse más tarde. O simplemente deseé estar inconsciente porque así sería mejor. En cualquier caso, será mejor para mi relato si lo zanjamos ahí.

Así pues, yo estaba inconsciente y, como todo había ocurrido a una velocidad irreal, tuve la sensación de que mi inconsciencia también había durado muy poco. Sin embargo, luego, cuando abrí los ojos y me encontré inmerso en una oscuridad total, pensé que tenía que ser de noche y que, por lo tanto, tenía que haber estado mucho rato inconsciente. No se me ocurrió que en la celda de castigo siempre era de noche porque no había suministro eléctrico. Por lo demás, no notaba ningún dolor especial a no ser que me moviera, y por eso no me movía. Estaba allí estirado, en un silencio absoluto y en una oscuridad absoluta. No sé cuánto tiempo estuve así. Pero, cuando finalmente oí un ruido y vi un vago destello de luz, en vez de espantarme, casi sentí una alegre expectación. No creo que esperara de verdad el final y la liberación, simplemente supuse que Wagenseil vendría y

tomaría una nueva decisión. Mientras los pasos se acercaban, me incorporé lentamente y, justo cuando buscaba a tientas un punto de apoyo en la oscuridad, la puerta se abrió y el cuarto se iluminó.

En la puerta no estaba Wagenseil, sino dos hombres de la SA, quizás los mismos que me habían llevado; no lo sé, porque antes no los había visto bien. Y entonces también los vi solo un par de segundos. Luego se abalanzaron sobre mí y volví a estar inconsciente, y después se repitió otra vez algo similar, solo que esa vez eran otros dos y estaban borrachos. Y esa vez no caí inconsciente, ni mucho menos. Los dolores eran demasiado grandes.

Si aquella noche —tenía que ser de noche porque nunca se emborrachaban hasta la noche—, pensé mucho y muy a fondo, es algo que ya no puedo decir con certeza. En todo caso, en aquellos momentos ya comprendí que no me exponía simplemente a una orgía de golpes al típico estilo nazi, sino a una táctica muy consciente y premeditada de Wagenseil. Y, de hecho, podía estar seguro de cumplir sus objetivos. ¿Acaso la primera vez que volví a percibir ruido y luz no había pensado en él y no me había alegrado realmente de que viniera? ¿Acaso no había intentado atisbar por encima de los dos esbirros si él no había venido también? ¿Acaso cuando los otros dos se recrearon conmigo y me eructaron encima sus burlas cerveceras, no había pensado en él, en Wagenseil, como en un mensajero de un mundo mejor, como en el salvador y redentor? Y si ya establecía semejante comparación, ¿cuánto faltaría hasta aquella otra que haría que la muerte me pareciera una salvación? ¿Cuánto faltaría hasta el suicidio?

Estoy seguro, y también lo estaba entonces, de que Wagenseil tenía en el punto de mira precisamente esos razonamientos. Porque, créame, *fue* una salvación cuando volvió a aparecer personalmente. No es que fuera amable conmigo, no, qué va. Actuó como si no tuviera nada que ver con los acontecimientos de la noche anterior, como si hubieran sido un capítulo aparte que se desarrollara con independencia de él y de nuestras conversaciones y que escapara a su interés, sí, incluso a su conocimiento; no me permitió sentarme y tampoco me ofreció un cigarrillo, y estuvo frío e impasible y amenazador como nunca. Y, aun así, créame, aun así, sentí que estar frente a él era una salvación.

—¿Y bien? ¿Ha reflexionado?, —preguntó, y su voz sonó como la voz de una persona, y era una frase con sentido a la que se podía responder.

—He reflexionado. Pero...

—Pero ¿qué?

—No sé qué quiere oír, señor comandante.

Wagenseil me miró de arriba a abajo; una carcajada breve y silenciosa lo sacudió:

—Eso es magnífico —dijo—. No sabe qué quiero oír de usted. Pero, si lo supiera, me lo diría, ¿verdad? Bueno, con eso basta. Que esté usted dispuesto a decir todo lo que quieran oír de usted, con eso basta.

¿Debía replicarle? ¿Debía calificarlo de malentendido? ¿Tan grande era el malentendido?

—De ello podrá deducir fácilmente hasta que punto es usted una inmundicia miserable —dijo Wagenseil con voz tranquila, casi pedagógica—. No me sorprende. Pero ¿tal vez le sorprende a usted? Quiero decir que, ¿tal vez no tenía usted la intención de ofrecerme tan pronto y sin más dilaciones la confesión deseada? ¿Tal vez no quería verter tan deprisa delante de mí su cobardía y su predisposición a la mentira y a la traición; resumiendo, toda su miseria moral? Pero, ya ve: no *puede* hacer otra cosa. Porque es usted judío. Igual que es seguro que un no judío se habría comportado de otra manera en su lugar, también lo es que usted, como judío, tenía que actuar *así*.

Hizo una pausa y se irguió. Yo agachaba la cabeza y solo tenía un propósito, no dejar que me provocara a responder.

—Está clarísimo —empezó a hablar Wagenseil de nuevo—. Y puesto que está tan claro, también exige represalias claras. Hemos visto que los judíos son seres moralmente defectuosos, y más aún, suponen un gran peligro de contagio, porque sus defectos tienen que manifestarse, lo quieran o no. No puede decirse que sus defectos sean «más fuertes» que ellos... No, entonces parecería que los combaten, que poseen aspectos buenos, que solo son demasiado débiles para coger las riendas. P parecería que pueden elegir entre ser buenos o malos. Pero los judíos no tienen elección, sino que, desde el principio y orgánicamente, son seres inferiores... Eso que nosotros llamamos «infrahombres» y que en el reino animal se conoce como, por

ejemplo, parásitos. No importa si los parásitos causan daño intencionadamente o no. Lo que hay que hacer es... ¿qué hay que hacer?

El gesto con que me señaló fue realmente el gesto de un maestro que quiere poner una respuesta en labios de su alumno. Yo callé. Pero no porque siguiera con mi propósito, sino porque no podía quitarme de la cabeza una expresión que Wagenseil había usado poco antes: que los judíos no podían elegir entre ser buenos o malos. No tenían elección, no tenían elección... ¿De qué me sonaba a mí eso, quién lo había dicho antes? Cerré los ojos para poder concentrarme mejor, y me sobresaltó una carcajada de Wagenseil, una carcajada sonora y ampulosa.

—No —dijo—, no, no. No hace falta que ahora se esfuerce tanto para no darme una respuesta. Es realmente curiosa esa firmeza tardía. Ahórrese el esfuerzo... Yo mismo se lo diré: aniquilarlos. Hay que aniquilar a los parásitos. Y hay que aniquilarlos aunque causen daños sin querer o incluso contra su voluntad. Aunque ese no es en absoluto vuestro caso, el de los judíos, por mucho que a veces deis esa impresión. Y ese es uno de los recursos más peligrosos de vuestra conspiración mundial: que vosotros, igual que tienden a hacer los parásitos y otros organismos oportunistas, os mimetizáis. Como si no fuerais infrahombres, sino hombres. Y, bueno, semejante engaño puede mantenerse por un tiempo, pero llega un día en que se descubre y, entonces, ¿a los parásitos se los...? Ah, sí. Extermina. ¿Está claro?

Me oí decir «sí», y vi a Wagenseil haciendo un gesto concluyente.

—Esta declaración ha tenido lugar —dijo— para que sepa a qué atenerse y para que no aniden en su mente atrocidades que son pura invención. Se trata de un proceso inevitable que no nos produce ningún placer y que solo nos interesa en tanto que con él logramos nuevas confirmaciones a nuestra teoría, algo así como un método experimental. Eso es todo. Ahora le darán algo de comer y después volverán a ocuparse de usted... Yo, no —añadió, y me dirigió una mirada casi confidencial, como si quisiera darme a entender que, naturalmente, sabía que de noche había pensado en él y que no debía concebir ese tipo de esperanzas.

Lo que ocurrió después voy a explicárselo muy brevemente: me condujeron a un lugar situado por debajo de la cantera, con el prometedor

anuncio de que tocaba «instrucción», y realmente no fue Wagenseil el que se «ocupó» de mí, sino dos de sus ayudantes. Wagenseil lo presenciaba de pie o sentado, y realmente parecía considerar que todo aquello era algo natural que se desarrollaba ante él de forma reglamentaria. Solo una vez expresó algo así como cierto interés experimental, y eso ocurrió durante uno de mis últimos intentos de seguir las instrucciones de sus ayudantes. Apenas podía mantenerme en pie a causa del dolor y el agotamiento y, cuando recibí la orden de arrastrarme con las manos y boca abajo por el suelo cubierto de esquilas, consideré una suerte poder estirarme allí sin que me aporrearan. Probablemente no habría podido cumplir la orden, aunque casi era inocua en comparación con algunas de las anteriores. No obstante, me dispuse a hacerlo, con el propósito de moverme lo más lentamente y lo más pegado al suelo posible para conseguir un poco de sosiego aunque me hiciera sangre en la cara y en las manos...

Justo cuando las primeras patadas y golpes de porra me apremiaban a ir más deprisa, Wagenseil se interpuso.

—Levántese —dijo.

No pude, no conseguí pasar de arrodillarme a medias. Wagenseil manifestó con un gesto escueto, desganado, que le bastaba con eso.

—¿Por qué se esfuerza tanto en cumplir todas las órdenes?, —preguntó meneando la cabeza.

Lo miré, no lo entendí y no supe qué contestar. Durante unos segundos se hizo un silencio total, yo solo oía mi propia respiración jadeante. Luego, y de nuevo tenía aquella voz tranquila, pedagógica, Wagenseil dijo:

—Puede haber dos razones. Que cumpla las órdenes porque se promete algo, es decir, porque especula con sacar un beneficio. O bien que quiera demostrar que está en condiciones de soportarlo todo, es decir: quiere demostrar «dominio de sí mismo» o lo que usted se imagine. Y eso sería entonces una especie de mimetismo. Hum. Aquel muchacho, el que se presentó voluntario, intentó algo parecido. Quería dar la impresión de que era valiente para especular con mi reconocimiento y mi indulgencia. Y yo tendría que haberme dejado engañar por esa ingenua patraña... Ese es uno de vuestros errores más penosos: que tomáis a los demás por tontos. Y, en realidad, sois vosotros los tontos. Sois tontos para todo.

Retrocedió dos pasos, me miró de soslayo y meneó la cabeza:

—¿O acaso considera sensato lo que está haciendo?

Luego se encogió de hombros, hizo una señal a los dos que estaban detrás de él y estos volvieron a abalanzarse sobre mí. Perdí el conocimiento, y luego vinieron los cubos de agua fría y otra vez lo mismo, y luego volvía a estar en la celda oscura y poco a poco volvía a empezar a pensar.

Cuando digo «pensar», no imagine usted nada que tenga que ver con lo habitual, por supuesto. No, ya no era capaz de concebir pensamientos ni reflexiones sistemáticas. Estaba seguro de que solo viviría unas pocas horas; simplemente, porque era imposible que el estado en que me encontraba pudiera ofrecer más de unas pocas horas. Al más mínimo movimiento me desmayaba de dolor y, a veces, cuando notaba que se acercaba ese hundirse en el vacío, ese apagarse, creía que había llegado el final. No puedo decir que lo deseara, pero tampoco tenía nada en contra. Lo más seguro es que perder la conciencia me dejara tan indiferente como recobrarla. Una vez, lo recuerdo perfectamente y es un recuerdo peculiar, una vez me desperté por primera vez sin dolor, tuve la sensación clara de estar muerto y me alegré; luego pensé que yo no quería morir de aquella manera, hice un movimiento involuntario y en el dolor que me asaltó al instante me cercioré de que estaba vivo.

Esa idea, que yo «no quería morir así», fue una de las que anidaron poco a poco en mí, y otras ideas empezaron a girar a su alrededor: con mucho desorden y a una velocidad de vértigo; incluso físicamente tenía también la sensación de estar girando, pero eran ideas y, si retornaban con cierta frecuencia, hasta podían conectarse.

La primera era que no quería morir así. Luego, de repente, pensé en lo que Wagenseil había dicho sobre «mimetismo» y «especular», y sobre la «patraña» de Landauer. Y entonces ambas ideas se conectaron y quise morir como Landauer. Quería morir en el barracón de los judíos, entre mis compañeros, y antes quería decirles algo... Algo muy importante... Estaba relacionado con una de las expresiones que había utilizado Wagenseil y que me había hecho pensar: tengo que decírselo a los demás, es importante que lo sepan... Pero no había manera de averiguar qué era.

Entonces, de pronto, lo recordé, de nuevo a partir de una asociación de ideas. Recordé a Landauer... Probablemente esa era mi idea más tenaz: que yo quería morir como Landauer... Evoqué su muerte... su negativa a suicidarse... su propósito de matar antes a Wagenseil... No sabía con exactitud si lo había dicho él mismo o había sido otro... Solo sabía que después alguien objetó algo... algo muy importante y concluyente... «Ya veis que no pudo hacerlo, está muerto»... Algo así... Algo así había dicho Aschkenasy... No, no fue eso... «Es una suerte que Landauer no lo haya hecho, porque Mía es la venganza, dijo el Señor»... Sí, eso era, y entonces también supe qué había estado buscando, entonces recordé a Wagenseil delante de mí y le oí decir: «Parecería que pueden elegir entre ser buenos o malos. Pero los judíos no tienen elección».

Sí, esas habían sido las palabras de Wagenseil por la mañana, y me desconcertaron tanto como entonces, cuando aún parecían resonar en mis oídos desde la súplica nocturna de Aschkenasy... Y ¿acaso no eran el reverso, no, no el reverso, sino casi lo mismo que había dicho Aschkenasy? ¿Cuando habló de que estábamos irremediablemente sujetos a la venganza divina? ¿Y que solo seguíamos viviendo por ella? ¿Solo porque no teníamos elección...? Eso era: No teníamos elección entre nuestra venganza y la venganza del Señor. ¿Y que por eso cedíamos la venganza al Señor y por eso éramos «buenos», quisiéramos o no? Aunque Wagenseil llamara «malo» a lo que irremediablemente éramos, eso no suponía ninguna diferencia. Lo decisivo era la inexorabilidad. Lo decisivo era que no teníamos elección ni voluntad, que *teníamos que* ser: «buenos» según unos, «malos» según otros, pero como siempre, sin elección. Y entonces, con un estupor que me dejó sin respiración por un momento, comprendí el otro significado de «ser los elegidos»: y era una maldición.

Sí, eso quería decirles a mis compañeros antes de morir. Mirad, Aschkenasy tiene razón, quería decirles. Somos los elegidos, y no tenemos elección. También lo saben los que nos persiguen. Que es inútil perseguirnos, eso, naturalmente, no lo saben. Pero es tan inútil como inútil sería nuestra venganza. Mía es la venganza, dijo el Señor... Y eso significa: no malogréis Mi venganza. Vosotros, los que sois perseguidos desde hace miles de años, y que sobrevivís a las persecuciones desde hace miles de

años: vosotros, a los que Yo vengaré en todos los que os persiguen, porque me persiguen a Mí en vosotros, vosotros, que sois Mi venganza, no os malogréis intentando vengaros vosotros mismos. *Eso*, oídmeme, eso sería vuestra muerte: ¡si queréis la venganza, si queréis arrebatársela de Mis manos!

Cuando lo supe, cuando supe que ese era el mensaje que tenía que transmitir a mis compañeros, supe también que no moriría esa noche. Incluso dormí un poco. Y no me sorprendió lo más mínimo que me dejaran tranquilo toda la noche.

A la mañana siguiente me di cuenta de que aquella tranquilidad nocturna no era sino otra táctica de Wagenseil. Era evidente que Wagenseil sabía que, después de todas las atrocidades por las que yo había pasado, otra noche de tortura no podría hacerme nada; excepto, quizás, que reventara en manos de sus esbirros. Si algo podía causarme efecto, el efecto que él necesitaba para completar su obra, ese algo solo podía ser una noche tranquila. Y tenía razón.

—¿Ha pasado una noche tranquila?, —me preguntó cuando me presenté en su despacho.

—Sí —contesté.

—¿Le gustaría pasar más noches tranquilas como la de hoy?

—Sí —contesté de nuevo sin reflexionar, aunque aquella pregunta habría merecido una reflexión.

Wagenseil asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien —dijo—. ¿Cómo quiere morir?

Lo sé: no debería haberme sorprendido oír eso. Pero ahí, justa y precisamente ahí, se demostró la táctica de Wagenseil. Porque después de aquella noche en la que, durmiendo y despertando, había vuelto a acostumbrarme a la vida; después de esa noche, me confrontaban de repente con la muerte de una manera tan natural y dando por hecho que solo se trataba del «cómo», y eso acabó conmigo. Me fallaron las rodillas, empecé a temblar y a tambalearme, y caí redondo.

Wagenseil esperó sin moverse a que hubiera vuelto a levantarme.

—¿Y bien?, —preguntó entonces.

Cogí aire y mi voz me sonó asombrosamente firme:

—Me gustaría morir en el barracón de los judíos.

Wagenseil me miró sorprendido, luego meneó la cabeza como si no diera crédito a sus oídos, y en su rostro incluso apareció un amago de sonrisa: una sonrisa indulgente, como las que se prodigan a los niños pequeños o a los retrasados.

—No me ha entendido bien —dijo—. No le he preguntado *dónde* quiere morir, sino *cómo*. Eso significa que si quiere morir de un tiro o ahorcado. ¿Y bien?

Lo miré boquiabierto. Tal vez yo estaba tan convencido en aquel momento de su demoníaca capacidad de calar a la gente, casi de su omnisciencia, que me dejó estupefacto que todavía no supiera nada de mis pensamientos nocturnos ni de sus resultados. Tal vez esos resultados habían anclado en mí con tanta firmeza que yo no comprendía que alguien pudiera zarandearlos y me propusiera que me suicidara... A mí, que había llegado a la conclusión correcta e irrefutable de que moriría en el barracón de los judíos y que antes les diría esto y aquello a mis compañeros. Y era muy importante que lo hiciera y, de un modo enigmático, también me parecía muy importante para Wagenseil... ¿Por qué de pronto él no lo entendía?

—Pero yo no quiero suicidarme —dije—. Yo quiero morir en el barracón de los judíos.

Wagenseil me miró, esta vez con la cabeza ladeada, sin sonrisa y sin indulgencia.

—Por lo visto, su predecesor le ha causado una profunda impresión —dijo. Y, puesto que yo seguí callado, añadió con voz más cortante—: ¿Es eso?

—No —me apresuré a contestar—. Eso, no. O sí, eso también. Claro. Pero no por eso... —me interrumpí, no sabía cómo podía aclarárselo.

—O sea que le ha gustado tanto que usted desea lo mismo —prosiguió Wagenseil—. Y de ese modo pretende negarse a suicidarse. —Su voz se volvió de nuevo cortante—: ¿Acaso el muchacho les explicó que *él* se había negado?

—¡No, no! —Y levanté las manos en un gesto de rechazo como si tuviera que proteger a Landauer más allá de la muerte—. No, ni por asomo. No recuperé el conocimiento. Cómo iba a decir algo.

—Pero se *negó* —masculló Wagenseil, sentado impasible—. ¿Puede creerlo? Se le concede la gracia de suicidarse, y se niega. Bueno —se encogió de hombros y recuperó su tono de voz indiferente y pedagógico—, y hubo que ocuparse un poco más de él. Ya le he dado a usted la oportunidad de hacerse una idea de lo que le hablo. —Se reclinó en su asiento, me miró de soslayo y preguntó—: ¿Debo entender que también tienen que ocuparse ahora de usted? ¿Es eso lo que quiere?

Noté que, frente a su mirada penetrante e inexpresiva, la sangre empezaba a coagulárseme y a bullirme... Vi el callejón sin salida al que me había empujado, y que acababa de cerrar a cal y canto, triunfal, detrás de mí... Y aullé de rabia incontrolada y ciega.

Wagenseil lo malinterpretó. Wagenseil creyó que yo había aullado a causa del miedo, de la cobardía, del espanto... Y esa fue mi suerte.

—Hum —murmuró, asintiendo con la cabeza para sí mismo—. Es evidente que no lo había pensado. Bueno. Ahora lo llevarán de vuelta a su celda y podrá meditar un poco. También le darán algo de comer —dijo, mientras los dos hombres de la SA ya habían entrado, me habían agarrado y me arrastraban a la celda.

Así pues, no me ahorra tener que comunicar mi decisión palabra por palabra, tener que decidir explícitamente entre el suicidio o morir a palos: ¡mi elección! Me quedé trabado en esa idea: ¡mi elección! No conseguía librarme de esa burla funesta: que aquel callejón sin salida desembocaba en mi elección.

Intenté desesperadamente recordar la noche en que murió Landauer y las palabras de Aschkenasy, intenté desesperadamente imaginar qué tenía que hacer según esas palabras, qué haría Aschkenasy en mi lugar... Bueno, tal vez *él* sería capaz de presentarse ante Wagenseil y decirle: «Sí, señor, ha entendido bien. Sí, señor, ¡tienen que ocuparse de mí para que luego muera en el barracón de los judíos!». Él, el aspirante a rabino Joseph Aschkenasy, él, si consideraba su mensaje lo bastante importante, él habría sido capaz. Yo, no. Hasta tal punto me tenía Wagenseil a su merced, hasta tal punto. Aunque no había adivinado que yo no había aullado de miedo, sino de rabia; aunque yo no hubiera vuelto a aullar una segunda vez (solo vomité un poco de comida que había picoteado en una distracción febril); aunque no

volviera a aullar nunca más delante de él, ni a mendigar ni a implorar: mientras no pudiera tomar la decisión que me exigía, me tenía a su merced. Tal vez Aschkenasy habría tenido el valor. Yo, no.

Aquello era una confesión vergonzosa y me arrebató el último apoyo, la última confianza en mí mismo que tanto habría necesitado para lo que se avecinaba. Me corroía y me devoraba, me obligaba a buscar motivos que parecieran menos vergonzosos, explicaciones que me justificaran ante Aschkenasy. Pero solo existía una justificación, si es que la había: que mi mensaje no era tan importante como había creído al principio. Y no era tan importante si Aschkenasy —recuerdo muy claramente la breve, vertiginosa sensación de mareo que me embargó—, si Aschkenasy no tenía razón con su fe en la venganza divina.

Lo recuerdo muy claramente porque en ese mismo instante entraron dos hombres de la SA que venían a buscarme, y porque lo encaré de manera radicalmente distinta. Unos minutos antes, probablemente solo habría pensado una cosa: que había llegado el final; y probablemente solo habría considerado una cosa: qué le contestaría a Wagenseil cuando me preguntara por mi decisión. Pero entonces, aunque era consciente de que había llegado el final y tenía que tomar una decisión; «final» y «decisión» adquirieron otro significado: la decisión que me incumbía apuntaba a si Aschkenasy tenía razón o no, y esa decisión era lo que me inquietaba al pensar en el «final». «Final» tenía dos significados, «decisión» tenía dos significados, todo se desarrollaba en una duplicidad singular, una cosa junto a la otra... Pero se equivocaría usted si supusiera que me encontraba en un estado de aturdimiento, o incluso de enajenación, similar al que a veces abraza compasivamente la conciencia humana ante la supremacía del horror. No, no había compasión ni aturdimiento... Veía muy claro y sabía exactamente qué ocurría a mi alrededor y qué significaba... Pero, al mismo tiempo, estaba concentrado en lo que ocurría *en mi* interior: y *ahí* no veía tan claro ni sabía tan exactamente qué significaba. Casi me daba la sensación de estar presenciando una carrera: se consumaría el significado claro de los acontecimientos exteriores antes de que se aclarara el significado en mi interior, o conseguiría aclararme a tiempo.

Entretanto, los dos hombres de la SA me habían llevado a un lugar apartado, situado por debajo de la cantera, y vi que Wagenseil me esperaba. Si les ordena que se retiren, pensé, si puedo hablar a solas con él, todo irá bien. Porque Wagenseil —eso me parecía de una certeza indudable— jamás me pondría la mano encima.

Pero ¿y si no les ordenaba retirarse? ¿O si antes tenía que explicarme?

Justo cuando llegamos y mientras uno de los SA informaba, encontré la solución. Elegiría el suicidio y le pediría a Wagenseil que me dejara ir unos minutos al barracón de los judíos; si él quería, incluso me pegaría un tiro en el barracón, a la vista de los demás. Sí, eso pensaba proponerle y confié en conseguirlo.

Pero ¿cómo lo haría si los dos SA se quedaban? En su presencia, ¿se expondría a debatir conmigo? Y ¿les ordenaría que se retiraran antes de que yo me hubiera explicado?

En ese momento, los dos hombres de la SA saludaron, dieron media vuelta y se alejaron. Estaba a solas con Wagenseil.

Ya le he descrito el lugar: debajo de la cantera, un poco apartado de la sección principal de corte... O sea, mucha rocalla, como siempre se encuentra cerca de las canteras... Pero el bosque también llega hasta abajo, de manera que, por ejemplo, una gran piedra en forma de sillar ha ido a parar junto al tronco de un árbol... Y encima de ese bloque de piedra, debajo de la copa del árbol, está sentado Wagenseil... De su cinto, entre el revólver y la fusta, cuelga una soga enrollada... Está sentado allí y calla, y me observa con la cabeza ladeada durante unos segundos antes de preguntar:

—¿Y bien? ¿Qué ha decidido?

Y yo estoy a tres pasos de él, justo en el límite entre la sombra y el sol, y pienso: si Aschkenasy no tiene razón... si no estamos sujetos a la venganza divina sin elección... si siempre estuviéramos expuestos a decidir qué es válido y qué no...

—La elección es suya —dice Wagenseil, y veo que señala el revólver que lleva en el cinto y luego la cuerda y luego, no comprendo por qué, la fusta.

—Me gustaría morir en el barracón de los judíos —digo, y me olvido de añadir que estoy dispuesto a pegarme un tiro a la vista de los demás... Lo olvido porque mi descubrimiento me acelera el pulso y me inflama: que siempre estamos sujetos a la decisión, todos y cada uno de nosotros, en cualquier caso... Sí, eso es, y Aschkenasy se equivoca. ¿¡Cómo que no teníamos elección!? La tenemos ininterrumpidamente, siempre la tenemos, una y otra vez tenemos que decidir, lo contrario sería vano y ciego y absurdo: que nos hubieran quitado la decisión, que no tuviéramos elección... Sí, ¡eso es!

Entretanto, Wagenseil se ha levantado y se acerca lentamente hacia mí.

—Vaya —dice—. ¿Así que quiere que se ocupen de usted? ¡Conteste!

Yo aún pienso que Aschkenasy a lo mejor lo dijo solo... solo para sobreponernos a aquella terrible noche, para fortalecer a los demás en el desamparo... Y no puedo pensar en nada más: un ardor corrosivo me cruza silbando la cara y se diluye silbando en una repentina oscuridad... Sé que ha sido la fusta de Wagenseil y no puedo creerlo... Estaba tan seguro de que él no lo haría... Y ahora está ahí y me golpea, mudo y con una fuerza enorme, cada nuevo golpe cae sobre mí como un bloque de piedra... Quizás es realmente el bloque donde Wagenseil se sentaba antes y que ahora lanza sobre mí y que me aplastará, me aplastará... Pero entonces ya ha parado.

«¿Eso es todo?», pienso, y me quedo tirado en el suelo, con los ojos cerrados y completamente inmóvil. Si eso es todo, Wagenseil subestima a sus ayudantes.

—Levántese —le oigo decir, y noto de inmediato una enérgica patada en el estómago. Pero sigo sin moverme. Quiero que crea que estoy inconsciente. Tal vez entonces me dejará un rato tranquilo.

¿Y después?

¿A qué espero? ¿Por qué no me levanto y le explico que voy a suicidarme?

¿Porque antes quería decirles algo a los demás? Pero ¿qué? ¿Qué? ¡Lo que quería decirles no es verdad!

Por eso. Tengo que decirles que no es verdad. Tengo que hacerlo. Para ellos será peor que antes, cuando Aschkenasy podía consolarlos con salmos y la venganza divina... Tendrán que decidir si Aschkenasy tiene razón o la

tengo yo... Pero de eso se trata precisamente: de la decisión. Hay que decidir, siempre, una y otra vez, cada cual por sí mismo. De lo contrario, yo pondría punto final de inmediato, de lo contrario, no dejaría que ese de ahí disfrutara tanto y tan diabólicamente.

—Levántese —ha vuelto a decir y ha vuelto a darme una patada en el estómago, y otra vez, y yo me estremezco claramente y me levanto—. Esto no tenía que ver con que autorice lo que desea —dice Wagenseil, y se enciende un pitillo y la fusta se balancea en su muñeca—. Si quiere que se ocupen de usted, tiene que decidirlo; de eso se encargarán los cuerpos destinados a ello, no yo. Yo solo quería animarlo a darme una respuesta clara.

—Me gustaría morir en el barracón de los judíos —digo, y lo digo como si acabara de decirlo, porque ahora ya sé qué quiero decirles a los demás.

—Sí, sí —asiente Wagenseil—. Ya lo he oído. Pero esa no es la respuesta a mi pregunta. La respuesta a mi pregunta sería: me gustaría que se ocuparan de mí.

Hay que decidir, les diré. No es como decía Aschkenasy: que no tenemos elección. Eso solo lo creen nuestros enemigos y los que nos persiguen, lo sé, me lo ha dicho uno de ellos. Y eso es también lo que les da tanta seguridad: que nosotros siempre confiamos en la venganza divina, siempre, únicamente, todavía, desde hace miles de años. Aschkenasy os dijo: esta es nuestra victoria y por eso seguimos vivos. Sí, seguimos vivos, eso no puede negarse. Pero ¿cómo sabemos que de otro modo no seguiríamos vivos? ¿Cómo sabemos que no hemos tenido que clamar a la venganza divina desde hace miles de años precisamente porque nunca hemos pensado que podíamos hacer otra cosa más que clamar? Mía es la venganza, dijo el Señor. Pero a lo mejor hay casos en los que añade: no tenéis que desentenderos tan deprisa, no tenéis que cargarme a Mí tan deprisa. A veces deberíais responsabilizaros de Mi venganza, o deberíais demostrar que estáis dispuestos a ello. Porque esa aptitud forma parte del culto y la obediencia tanto como aquella otra: delegar en Mí la venganza. Mía es la venganza y Yo la ejerceré cuando Me complazca. Pero no tenéis que pensar que no necesitáis más que clamar venganza *para que* Me complazca. Porque ya no estoy seguro de si actuáis así por obediencia y por

lealtad a la ley, y no por cobardía y miedo, y porque os habéis vuelto débiles y blandos confiando en Mi venganza. Ya no estoy seguro de si merecéis y sois dignos de Mi venganza. ¿Pensáis que lo sois por vuestro sufrimiento? Si fuera voluntario, quizás. Si tuvierais elección para sufrir o para no sufrir, y eligierais sufrir, quizás. Pero ¿no tenéis elección? O eso os dijo aquel aspirante a rabino, aquel Joseph Aschkenasy, y vosotros lo creísteis y os consolasteis. ¿Y ahora qué? ¿En qué quedamos? ¡Contestad! ¡Decidíos!

Sí, eso les diré. Y al llegar a ese punto, me invade una gran seguridad y me levanto con tanta fuerza que me enderezo y alzo la vista, y veo que Wagenseil ha regresado a su sillar y está sentado con las piernas cruzadas y se apoya en el tronco del árbol y me mira de soslayo.

—Bueno —dice entonces—. No soy puntilloso. También se ocuparán de usted sin su petición formal. Sin embargo —añade, siguiendo con la mirada el humo del pitillo—, no puedo garantizarle que muera en el barracón de los judíos. Mis hombres son muy diligentes y corre cierto riesgo.

Me doy cuenta de que espera una respuesta y le hago un gesto afirmativo con la cabeza... Le hago un gesto afirmativo con la cabeza desde el gran sosiego y la gran seguridad que me invaden... Sé que le he dado alcance, que ahora lo interior y lo exterior compiten corriendo a la misma altura por un tramo de doble vía... Y vuelvo a corroborar asintiendo con la cabeza.

—Mejor —dice Wagenseil—. Vendrán a buscarlo dentro de veinte minutos. No puedo calcular cuánto durará todo luego. Pero, hasta entonces, podemos charlar un poco.

—Querría suicidarme en el barracón de los judíos —digo.

—¿Cómo?, —señala Wagenseil, volviendo la cabeza con sorpresa—. Eso es nuevo.

Y se levanta y se me acerca.

—Querría pedirle que me autorizara a estar cinco minutos en el barracón de los judíos, señor comandante. Luego me pegaré un tiro a la vista de los demás.

Lo digo con voz humilde, pero muy firme, y estoy convencido de que Wagenseil estará de acuerdo. Incluso cuando el primer latigazo me cruza la cara, estoy convencido. Y probablemente no perdí esa convicción hasta después, al mismo tiempo que el conocimiento. En cualquier caso, cuando recobré la conciencia, todo era diferente y, cuando me incorporé y vi el semblante impasible de Wagenseil, supe que había perdido.

—Es que no funciona así —dijo—. Usted no puede negociar conmigo. —Miró la hora—. Lástima. Ya solo nos quedan diez minutos. ¿Cómo podríamos aprovecharlos? Hum. —Volvió a su bloque de piedra y se sentó—. Le propongo una cosa. Yo no hablaré, hablará usted.

Yo no sabía qué quería decirme y tampoco podía reflexionar sobre ello... No, ya no eran pensamientos lo que me venía a la cabeza, eran retazos confusos y cegadores de imágenes... Veía, estremecido y confuso, lo que me esperaba... Incluso veía los diez minutos: la esfera de un reloj y un minuterero rojo encima del diez... Diez minutos, diez minutos...

—¿Y bien?, —dijo Wagenseil—. Puede hablar. Puede decir todo lo que quiera. Bueno, bueno, bueno. ¿Habrá algo que le oprima el corazón y que le gustaría decir? ¿Tal vez algo contra mí? Puede decir lo que quiera.

Diez minutos, diez minutos. Luego estaré en el barracón, flanqueado a derecha e izquierda por un hombre de la SA, y todos los demás a mi alrededor, desconcertados, horrorizados... Pero no llegaré al barracón, van a ocuparse de mí, se ocuparán de mí con diligencia... Diez minutos, diez minutos... Yo pierdo, pierdo... En la vía de al lado Wagenseil me adelanta, me saca mucha ventaja...

—¿Y bien?, —dice otra vez—. ¿No me ha entendido? Puede decirme lo que quiera a la cara. ¿Qué más puede sucederle? Total, dentro de diez minutos todo habrá acabado. Y al menos ahora tiene la oportunidad de desahogarse. ¿Y bien?

Diez minutos, diez minutos... Por el amor de Dios, tiene que ocurrírseme algo. No puedo morir aún, no puedo morir así, antes tengo que desahogarme, antes tengo que decir lo que me oprime el corazón.

—Ya —dice Wagenseil, y asiente con la cabeza—. Es demasiado cobarde. Le tiene tanto apego a su existencia inmunda de parásito que cree

que con sus palabras podría ponerla en peligro y que, con su silencio, tal vez podría salvarla. Pero no funciona así.

Diez minutos, y no funcionará así, y en la otra vía ya no veo ninguna locomotora, se acabó, se acabó, ya ha llegado a su destino, y Wagenseil ya se ha levantado y se acerca a mí, diez minutos y se acabó, cómo voy a ir al barracón, cómo voy a decírselo a los demás, cómo voy a decírselo a él, a él, que ya está aquí.

—¿No es curioso?, —dice—. ¿No es curioso que ni siquiera por una vez, en estos últimos momentos, sea capaz de emerger de su condición de infrahombre?

Y me golpea en la cara.

—¿Que sea demasiado cobarde para abrir la boca? ¿No se da asco a sí mismo?

Y me golpea de nuevo, prudente, atento, con la cabeza ladeada.

—¿Que todavía especule con lo que tiene que hacer? ¿Que se resigne, que todavía se resigne ahora?

Y me escupe en la cara, una vez y otra.

—¿Que todavía tenga la esperanza, y la tendrá hasta el final, de que me lo replantee y lo mande a casa? ¿Que todavía tiene la esperanza de obtener mi compasión...? *Usted... ¿mi compasión?*

Y, mientras tanto, no deja de azotarme con la fusta, y su saliva me azota en la cara, lo oigo más que lo noto, y tengo la cara cegada y entonces oigo:

—¿Que prefiera hundirse en su propia inmundicia a acabar usted mismo con esa inmundicia? Tenga... Coja mi revólver, si no es demasiado cobarde.

Y noto que algo frío me roza la mano oigo cómo choca a mis pies.

—¿O prefiere la soga? Tenga... Yo mismo se la prepararé... Le ayudaré a encaramarse, si no es demasiado cobarde... Le doy otra vez la oportunidad, si no es demasiado cobarde... Tiene elección, si no es demasiado cobarde...

Y lo oigo desde una lejanía cada vez más lejana y solo tengo miedo a desmayarme precisamente ahora... Y por el ojo con el que aún puedo ver, lo veo de pie encima del bloque de piedra y lo veo sujetar la soga a una rama gruesa...

... y ahora todo ha acabado y yo he llegado demasiado tarde... y la locomotora ya viene hacia mí por la otra vía... solo puede ser la locomotora, pienso, puesto que veo el humo... y el que está allí lanza los brazos al aire... y se precipita y cae y queda allí tendido... y ya no puede detenerme, pienso, y ahora todo pasa silbando y pitando y todo va deprisa, muy deprisa... tal vez aún estoy a tiempo, pienso... y ya no sé si después pensé algo más.

Tampoco sé cómo recorrí los dos kilómetros hasta la frontera ni cómo crucé la frontera hacia Holanda. No sé quién me recogió y me llevó al hospital. Más tarde me dijeron que había pasado cinco días oscilando entre la vida y la muerte... En efecto, con esas palabras me lo dijeron, y les extrañó que me pareciera raro. Y coseché unos cuantos cabeceos de desaprobación en aquel hospital. Porque cuando empezaron a hablarme de esos cinco días y de que había delirado casi sin cesar, no pude sino interrumpir al médico:

—Sé lo que dije mientras deliraba, doctor.

—Pero ¿cómo va a saberlo?, —preguntó sonriendo—. Si estaba inconsciente.

—Aun así, lo sé —insistí—. ¿Quiere que se lo diga? Eran dos frases: *Tengo elección y Mía es la venganza*.

Me miró con desconfianza, como si por un instante considerara posible que yo hubiera simulado los cinco días de delirio, y zanjó la conversación. Y yo tampoco le expliqué después por qué sabía con tanta seguridad que eso era lo que había dicho. No podía haber dicho otra cosa. Porque eso —después lo recordé cada vez más nítidamente—, eso fue lo último que pensé con claridad antes de pegarle un tiro a Wagenseil: *Tengo elección y Mía es la venganza*. Fueron esos dos pensamientos, y giraban en torno a una imagen: el cadáver destrozado de Landauer en nuestro barracón... Y nosotros alrededor, a la luz trémula de las velas... Y Gurewitsch que decía: «Él tenía elección»... Y Aschkenasy que decía: «No tenemos elección, porque ¡Mía es la venganza, dijo el Señor!»... Sí, esa era. Esa era la imagen que yo veía, y *Yo tengo elección y Mía es la venganza*: eso fue lo que pensé. Y luego disparé.

Enmudeció con un suspiro, profundo y estertóreo, que casi fue un gemido. Tal vez gemía por sus recuerdos, tal vez el relato lo había agotado. Hundía la cabeza en el pecho, el sudor formaba islas irregulares en su rostro demacrado y el párpado que le colgaba en el ojo derecho comenzó a temblar de pronto. Probablemente se debía a una lesión. Pero a mí me pareció que quería llorar.

—¿Por qué está tan triste?, —le pregunté casi en tono de reproche—. ¿No le sabrá mal haber matado a aquella bestia?

Levantó lentamente la cabeza.

—No —dijo—. Eso no. Pero no era esa mi intención. Yo tendría que haberme pegado un tiro inmediatamente después. Esa no era mi intención: huir después. Yo solo quería recoger la elección que me había pasado Landauer. Yo quería suicidarme, y matar antes al otro. No era mi intención: matarlo para salvar la vida.

Tuve que luchar contra la impresión de que sus palabras eran irrefutables y un poco lúgubres; no lo conseguí del todo.

—Bueno —dije—, pero al menos es algo: salir con vida de aquel infierno.

Me miró, con uno de sus ojos muy abierto; el otro, por debajo de un párpado tembloroso.

—A cada barco —murmuró—. A cada barco que llega de Europa. Ya intenté averiguarlo desde Holanda. Y todavía hoy no lo sé.

Me estremecí. Comprendí a qué se refería. Y me avergoncé de no haberlo pensado en absoluto.

—A cada barco, a cada barco —gimió—. Setenta y cinco. Y no viene ninguno.

—¡Pero eso no prueba nada! ¡No se puede concluir que les pasara algo! —No soportaba por más tiempo su desesperación impasible, lo agarré y lo sacudí—. ¡Escúcheme! Usted mismo acaba de decirme que una parte de los guardias no eran tan malos... Quizás incluso la mayor parte... Y quizás les fue bien librarse de aquel ejemplar de comandante. ¡Escúcheme! Si él ya no

estaba, ¿por qué tendría que haberles ocurrido lo peor a sus compañeros? ¡Al contrario! ¡Quizás incluso les salvó la vida! ¡Me oye!

Al menos había conseguido que me mirara.

—Setenta y cinco —dijo—. Y no viene ninguno. ¿Se lo imagina? ¿Se imagina cómo se sintieron? —Se cogió con ambas manos las solapas de la chaqueta y se las ciñó sobre el pecho tiritando de frío—. Dispara y huye. Huye por la frontera y se salva. Mía es la venganza. Y, luego, ¿qué? —Me miró con ojos de expresión febril, ensimismada—. Luego, ¿qué? No, no. Tuve elección y elegí mal. Opté por la venganza y mi venganza será vengada. Porque Mía es la venganza, dijo el Señor. —Se estremeció y respiró hondo antes de proseguir, y lo que dijo sonó a sentencia—: El aspirante a rabino Joseph Aschkenasy lo sabía. Y él también sabía que lo que importa es el sacrificio. Pero yo le robé la venganza al Señor y no le ofrecí el sacrificio que le correspondía. Eso, sabe, eso tal vez lo habrá calmado. A Él y las plagas que nos ha enviado. Si yo me hubiera matado... eso tal vez habría salvado a mis compañeros. —Cada vez hablaba con más lentitud y en voz más baja, y cada vez se encorvaba más, y así estaba allí sentado y me miraba con ojos apagados—. Entonces habría salido al menos *uno* de los setenta y cinco... Uno, y podría haberme dicho lo que quiero saber. Pero no lo sé y nadie puede decírmelo, y no viene ninguno, ninguno viene.

Seguí intentando convencerlo, intenté hacerle comprender que Nueva York solo era una de las muchas ciudades portuarias a las que llegaban refugiados de Europa. Tal vez alguno de sus compañeros de campo había ido a parar a Baltimore o San Francisco. Tal vez incluso alguno que otro se encontraba en Nueva York... No debía abandonar la esperanza, tenía que seguir buscando... Yo le ayudaría y, siempre que me topara con un antiguo preso de un campo de concentración alemán, indagaría y después se lo notificaría. Pero ya no me escuchaba. Se había levantado y, tiritando de frío y con las solapas del abrigo ceñidas sobre el pecho, encorvado y con pasos renqueantes, se dirigía hacia la puerta.

—¡Por si acaso! —Lo detuve de nuevo, no quería dejarlo marchar tan vacío y desesperanzado—. Por si acaso, dígame en qué dirección puedo encontrarlo si me entero de algo.

Se dio la vuelta. En su rostro demacrado asomó una pálida sonrisa casi indulgente cuando mencionó el nombre de su hotelito en el Lower East Side.

Yo había sacado papel y lápiz y lo miraba interrogativo, y vi que la sonrisa se le helaba, se congelaba en su rostro:

—Me llamo Joseph Aschkenasy —dijo.